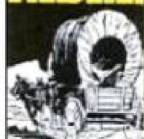
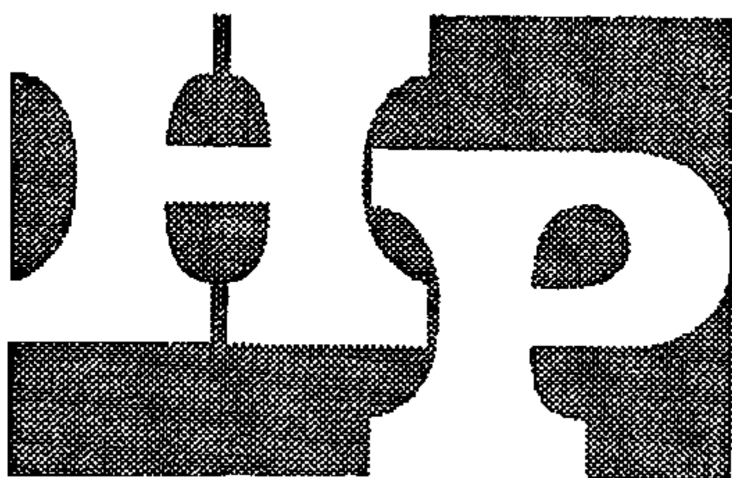
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL JINETE DE NEBRASKA





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL JINETE DE NEBRASKA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 123
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Depósito Legal B 9985-1972

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edicción: mayo, 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando aquel jinete que venía desde la lejana Nebraska puso los pies —o mejor dicho los cascos de su caballo—, en Silver City, el *sheriff* Ezequiel respiró aliviado.

Había esperado durante dos semanas que aquel momento llegase.

Dos semanas de tensión, de dramatismo, oteando a cada momento la llanura por si un puntito negro le anunciaba la llegada del jinete de Nebraska.

Por fin éste había llegado.

La tensión se diluía como un azucarillo en el agua; el *sheriff* Ezequiel se sentía feliz.

Sacó la caja de cigarros habanos que guardaba para las grandes ocasiones y encendió uno, fumando voluptuosamente.

No llevaba aún cinco minutos en esa placentera ocupación cuando el recién llegado atravesó el umbral de su oficina.

—Buenos días, *sheriff*.

El *sheriff* se quitó el cigarro de la boca y miró bien a aquel hombre, con una atención extrema, casi molesta.

Era un tipo de unos veintiséis años. Alto, de piel tostada, cabellos castaños con ligeros mechones rubios. Pantalones tejanos, botas de media caña, camisa gris y cazadora de piel. Todo ello cubierto de polvo, porque sin duda había hecho una infernal galopada.

Llevaba un revólver y un rifle.

Repitió:

—Buenos días, *sheriff*.

—Ah, buenos días… Perdone que le mirara así. Por costumbre me fijo bien en todos los desconocidos. Pero usted no es un

desconocido, en realidad. ¿Qué tal el viaje?

—Pasable.

—¿Viene directamente desde Nebraska?

—Sí.

—Estará cansado. ¿Por qué no se sienta?

El recién venido lo hizo, ocupando la silla que estaba frente a la mesa y descansando sus larguísimas piernas en un borde de ésta.

—¿Un trago?

—Si tiene un buen *whisky*, sí. Se lo acepto.

—Tengo un *whisky* escocés que sólo pruebo los días de gran gala. Y hoy lo es, qué duda cabe. Mire.

Extrajo dos vasos de un cajón de su mesa y a continuación una botella de *whisky* que estaba ya mediada. El recién venido la consideró con una mirada de aprobación.

—Es bueno.

Bebieron en silencio durante unos minutos, durante los cuales el *sheriff* parecía relajarse de la tensión de su espera y el recién venido de las fatigas de su largo viaje.

—¿Por qué le llaman El Jinete de Nebraska? —preguntó el *sheriff* al fin.

—No lo sé. Cuando me puse a correr mundo la gente empezó a llamarme así, y así me he quedado.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—John Forbes. Muchos me llaman Johnny.

—Está bien, Johnny. Yo me llamo Ezequiel, y como ya habrá notado soy el *sheriff* de esta ciudad. Un auténtico trago amargo para cualquiera que desee conservar la piel, se lo aseguro. Hay aquí más granujas y más indeseables que en todo el resto del Oeste; nadie quiere ser mi ayudante, y las situaciones en que me encuentro a veces no las quisiera para mi peor enemigo. Las balas aquí silban hasta cuando uno está en la cama.

El jinete sonrió.

—Supongo que no me habrá llamado para ser ayudante suyo, *sheriff*.

—No, no es para eso. Le he llamado porque sé que usted tiene una de las profesiones más extrañas que se dan por aquí.

—¿Qué profesión? —preguntó él, como si no lo supiese.

—Pacificador.

El recién venido sonrió haciendo un gesto vago con la mano, igual que si se disculpase.

—¡Bueno, la gente dice tantas cosas!…

—La gente suele decir la verdad, amigo mío. Un pacificador es el hombre que acepta provisionalmente hacerse cargo del orden en una ciudad turbulenta, mediante pago de un precio. A veces ese precio es tan elevado que tienen que reunirse todos los vecinos de una ciudad para poder pagarlo, pero no les sabe mal. La tranquilidad de una población vale más que todo el dinero.

El Jinete de Nebraska sonrió, pero sin ganas.

—No me diga que me ha hecho venir para pacificar esta ciudad, *sheriff*. ¡Si parece la mar de tranquila!

—No diga eso… Es un auténtico infierno. Pero no le he llamado para pacificar Silver City, porque para eso me dieron a mí la estrella. Le he llamado simplemente porque quiero que transporte custodiado a un hombre.

—¿Algún pistolero?

—Sí.

—¿Peligroso?

—Más que eso. Se ha evadido ya tres veces. No hay cárcel lo bastante segura ni vigilancia lo bastante severa para tener a ese hombre bien guardado.

Johnny dejó con indiferencia su vaso de *whisky* sobre la mesa, después de vaciarlo por completo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Turner.

—El nombre no me dice nada.

—Lo comprendo, puesto que no es famoso aún. Quiero decir que no ha matado a mucha gente; simplemente se escapa y es escabulle como un reptil. Pero es además un tirador endiablado, y usted hará muy mal en confiarse, si acepta el trabajo.

—Ya lo he aceptado, puesto que estoy aquí.

—Dicen que no hay otro fulano como usted para que un prisionero no se escape, Johnny.

—Habladurías.

—Cierta vez condujo a cuatro forajidos desde Texas hasta California y no se le escabulleron.

—Fue suerte.

—Dicen también que antes se ganaba la vida conduciendo caravanas por lo peor del territorio indio, y que tiene usted ojos en la espalda. Nada se le escapa.

—Uno se gana la vida como puede. No haga caso.

El *sheriff* sirvió más *whisky*.

—En resumen, creo que es usted el único que puede realizar ese trabajo.

—¿Adonde tengo que llevar al preso?

—A Kansas City.

—Diablo, eso está lejos.

—Tiene que responder en aquella ciudad del asalto a un Banco y el asesinato de un cajero. Probablemente lo ahorcarán. Quiero decirle con esto que es un sujeto de cuidado y que, sin duda, hará lo posible por escabullirse durante el largo camino.

—Lo comprendo.

—No podrá usted contar con ninguna ayuda, puesto que los limitados fondos de que disponemos nos impiden contratar más hombres.

—Eso es lo que iba a preguntarle ahora, *sheriff*. ¿Cuánto cobraré por mi trabajo?

—Cinco mil dólares.

Johnny lanzó un silbido. Sin duda había esperado una cifra bastante inferior.

—Es mucho dinero —dijo francamente.

—Nos advirtieron que era usted un hombre caro.

—Naturalmente, acepto.

—Celebro que esté contento, Johnny. Así tenemos la seguridad de que no dejará escapar a su hombre… porque no cobrará aquí más que mil dólares. El resto en Kansas City, cuando entregue al prisionero.

—Me parece razonable.

—Si él se le escapa, se le habrá escapado también la pitanza, Johnny. No se presente entonces a cobrar porque le harán bailar con una serie de balas a los tobillos.

—Todo eso lo encuentro justo. ¿Pero cómo han reunido cinco mil dólares para una cosa así?

—La mitad la paga Kansas City y la otra mitad nosotros. No crea que nos parece caro, con tal de librarnos de esa pesadilla.

—¿Por qué? ¿No está ese tipo bien seguro entre rejas?

—Relativamente. Se habla de que el resto de la banda de que formaba parte, y que está compuesta por unos siete hombres, va a venir a rescatarle en cualquier momento.

—Por lo tanto, he de pensar que esos siete hombres se lanzarán sobre mí en el trayecto hasta Kansas City…

—Ésa es otra de las cosas que había de decirle, amigo. En efecto, corre ese peligro. Es de suponer que los hombres de la banda traten de rescatar a su compañero durante el camino. Precisamente por ello hemos reunido cinco mil dólares. Se juega usted la piel.

Adivinando los pensamientos del otro, dijo, con voz algo balbuciente:

—Si quiere deshacer el trato, aún está a tiempo.

Creyó que Johnny lo pensaría, o que al menos arrugaría el ceño, pero se llevó una sorpresa. El rostro de Johnny ni siquiera se inmutó.

No alzó ni una ceja.

—Cuando uno cobra cinco mil dólares, es lógico que corra algún peligro —se limitó a decir.

—¿Entonces…, acepta?

—Ya le he dicho que sí.

Los ojos del *sheriff* se iluminaron. Se echó al coleto un segundo trago de *whisky*.

—No creí que fuera tan valiente, o mejor dicho tan suicida. ¿Por qué cuernos lo hace?

—Digamos que por afición.

—Es una afición… un tanto extraña.

—Digamos que muy peligrosa —reconoció Johnny.

Se puso en pie, sacudiéndose el polvo de sus ropas, y tras dar unos pasos por la habitación, como para estirar sus miembros, acabó apoyándose en una de las paredes.

—Descansaré un día entero y luego emprenderé el camino hacia Kansas City —dijo, como si semejante viaje tuviera la misma importancia que un paseo hasta el borde del cercano desierto.

—Es lo menos que puede hacer, Johnny. Descansar un día entero —balbució el *sheriff* con admiración.

—¿Puedo ver al pájaro?

—¿A Turner?

—Sí, a Turner, o como se llame.

El *sheriff*, por toda respuesta, descolgó una llave y se acercó a una puerta de hierro. Parecía haber estado viviendo una pesadilla hasta entonces y daba la sensación de que ahora, de repente, esa pesadilla se hubiera disipado. No podía ocultar en sus ojos el infinito alivio que sentía.

Abrió la puerta.

Más allá empezaba un corto pasillo, a cuyo fondo había una sola celda, sin apenas ventilación. No existía más que un pequeño ventanuco por donde no hubiera podido pasar ni la mitad del cuerpo de un hombre. Decir que el aire estaba cargado no es ninguna exageración.

En la celda había un solo hombre.

Johnny avanzó por el corto pasillo, oyendo el suave tintinear de sus espuelas, y se detuvo ante la reja.

Miró al prisionero.

Éste parecía haber adivinado ya quién era el recién llegado, porque se había puesto en pie y desde el otro lado de los barrotes le contemplaba con mirada penetrante.

Era un tipo de unos treinta años. La barba de al menos una semana le envejecía, pero se adivinaba que no pasaba de esa edad. Era fuerte, aunque podía uno darse cuenta de que aquella fuerza estaba anulada por un intenso decaimiento moral, por una falta casi absoluta de esperanza en el Destino. Aquel hombre tenía unos desesperados anhelos de vivir, y sin embargo ya no confiaba demasiado en lograrlo. Johnny se dio cuenta de eso con sólo una mirada.

Se dio cuenta también de que el prisionero resultaría muy peligroso en cuanto viera la menor oportunidad de escapar. Sus fuerzas se centuplicarían si vislumbraba alguna esperanza.

En vista de que Johnny no abría la boca, dijo:

—Yo soy Turner.

—Sí, ya me lo ha dicho el *sheriff*.

—¿Y usted quién es?

—Unos me llaman El Jinete de Nebraska. Otros, para no cansarse tanto, me llaman sencillamente Johnny.

—Ha venido a llevarme a Kansas City, ¿verdad?

—Ujú.

—¿Sabe que me escaparé en cuanto pueda?

—Eso ya entra en el trato. Usted procurará escaparse y yo procuraré que no se mueva de mi lado; para ello me pagan. Pero voy a pedirle en beneficio suyo que no se tome demasiadas molestias, Turner. Lo único que conseguirá será pasar muchas angustias y quizá recibir algún culatazo. Estoy decidido a llevarle a Kansas City y le llevaré, amigo.

El prisionero no pestañeó.

Parecía hecho de la misma madera impasible que Johnny, y la adversidad no le afectaba.

—¿Cuándo partimos?

—Pasado mañana.

—¿Y por qué no mañana mismo?

—¿Es que tiene prisa? —preguntó Johnny.

—Los malos tragos, cuanto antes mejor.

—Este hombre acaba de llegar desde Nebraska —interrumpió el *sheriff*—. Ha hecho un largo viaje y necesita descansar antes de volver contigo a Kansas City.

—Bueno, pues que duerma, que se harte de roncar hasta pasado mañana y no me moleste más —gruñó Turner.

Johnny le contempló de nuevo, pero ahora con redoblada curiosidad.

—Tiene mucha prisa por salir de aquí, Turner.

—Ya todo me da lo mismo.

—¿Por qué?

Turner miró al *sheriff*.

—Recuerda la carta que me ha traído esta mañana, ¿no?

—Claro que la recuerdo. Es la primera que recibes desde que estás aquí.

—Pues traía una noticia en la que al principio no he querido ni creer. Una noticia que ha anulado por completo las pocas ganas de vivir que ya tenía.

—¿Qué noticia es ésa?

—Mi mujer acaba de morir.

El *sheriff* quedó sorprendido un momento, pero en seguida se rehízo. Sonrió con incredulidad.

—A otro perro con ese hueso, Turner. Tú estás buscando algo.

—¿Qué podría buscar?

—No sé… Armar jaleo. Esperas que esa mentira te dé alguna oportunidad, aunque yo no sé en este momento cuál. Pero eso que acabas de decir obedece a un cálculo premeditado, Turner.

El rostro del prisionero tampoco reflejaba ahora ninguna expresión, ningún dolor. Ni siquiera una lejana esperanza.

—Hagan lo que quieran —dijo, mientras volvía la espalda.

Johnny le saludó, llevándose una mano al ala del sombrero cubierto de polvo.

—Hasta dentro de unas horas, Turner. Procura descansar tú también.

—Y tú procura rezar —dijo Turner sentenciosamente—. A lo mejor te hace falta.

Volvió a tenderse en el camastro, sin decir una palabra más.

CAPÍTULO II

Los caballos estaban preparados.

Eran dos buenos corceles de estampa no muy fina, pero robustos y poderosos como dos bestias de tiro. A lomos de aquellos animales se podía tener la seguridad de llegar a cualquier sitio, aunque resultaran incapaces de sostener una galopada larga.

El caballo de Johnny era el mismo que él había traído desde Nebraska. Después de un día y medio de descanso, bien comido y bien limpio, parecía dispuesto a ir de nuevo hasta el fin del mundo. En la silla de ese caballo estaban las provisiones y el agua, las balas y un buen rifle.

El corcel de Turner era de parecidas características, pero en su silla no había absolutamente nada.

Aun en el caso de que Turner lograra fugarse no tendría comida, ni municiones, ni agua a lo largo de las grandes zonas desérticas que sin duda iban a atravesar.

El prisionero llevaba, además, las manos atadas a la espalda. El *sheriff* tuvo que ayudarle a subir a la silla, cuando los dos caballos estuvieron preparados en el pequeño patio de la prisión de Silver City.

Turner contempló a su guardián con sonrisa burlona.

—Lo tiene todo previsto, ¿eh?

—Es mi oficio.

—Parece que aprendió mucho en las otras conducciones que hizo…

—Cada fracaso le enseña algo a uno. Vamos, acomódese bien y deje ya de hablar. Tenemos que hacer un larguísimo camino, y le conviene que las energías no se le vayan por la boca.

Turner le dirigió una sonrisa entre burlona y triste, pero calló,

que era lo que Johnny quería.

El *sheriff* entregó a éste quinientos dólares, otros mil aparte y dos documentos muy bien doblados.

—Los quinientos dólares son para gastos de viaje. Los otros mil anticipo de su sueldo, naturalmente.

—Gracias. ¿Y los documentos?

—Uno es la credencial que le garantizará ante las autoridades de Kansas City y servirá para cobrar su recompensa, contra entrega del prisionero. El otro documento contiene un ruego que hago a todas las autoridades de la zona por donde ha de viajar, para que le ayuden en caso de tener dificultades.

—Comprendo. Me parece usted un hombre muy razonable, *sheriff*.

—Pues no hay más. Y ahora buen viaje, amigo mío. Le esperan muy malos tragos antes de llegar a su destino, pero sé que terminará con bien esta aventura.

—Eso espero —dijo confiadamente Johnny.

Estrechó la mano del *sheriff*, tras guardar los documentos y el dinero en la silla, y dio una suave palmada en las ancas del caballo de Turner para que éste pasara delante. No hacía falta atar aquel caballo, en parte porque así convertían en más cómodo el viaje, y en parte porque Turner no se atrevería nunca a intentar huir teniendo a doce pasos de su espalda un hombre armado con rifle.

Salieron del pequeño patio, cuyas puertas abrió el mismo *sheriff*, doblaron por un callejón lateral para esquivar la calle principal de Silver City y de pronto se encontraron fuera de la ciudad, teniendo delante suyo lo que parecía ser una interminable llanura de color rojizo.

Durante una hora larga avanzaron en silencio, pesadamente, sin pausa, pero sin prisa. Johnny sabía que en un viaje así no vale la pena quemar etapas. Hay que ir marchando sin demasiada fatiga, porque un acceso de sueño intempestivo, un tropezón del caballo, una vacilación cualquiera, puede desencadenar la tragedia.

Durante esa hora la distancia entre los dos caballos se hizo casi inapreciable, aunque Turner seguía yendo delante y siempre con las manos atadas a la espalda.

Por fin el prisionero se volvió. Hizo una pregunta que al primer momento pareció extraña:

—¿Conoce un pueblo llamado Saint James?

—Sí, claro que lo conozco. Es un poblado de adobes situado a unas veinte millas a la izquierda. ¿Por qué?

—Ahí es donde reposa el cuerpo de mi mujer. Van a enterrarla hoy mismo.

Turner no dijo nada más. Sus últimas palabras quedaron, no obstante, como flotando en el aire, como planteando una duda que Johnny no quiso recoger.

Durante largos minutos, mientras el sol empezaba a caer implacablemente sobre ellos, guardaron silencio.

Sólo el rumor de los cascos de los caballos turbaba la infinita monotonía de aquel silencio y la inacabable placidez de la llanura que parecía no ir a tener fin.

Por fin Johnny dijo con voz áspera:

—Es inútil que te atormentes, Turner. No vamos a pasar por Saint James.

Turner tragó saliva.

Se notaba la angustia en su mirada, en su voz.

—¿Tanto habría de desviarse para pasar por allí?

—Lo suficiente para no hacerlo.

—Usted tiene miedo, Johnny.

—¿Miedo de qué?

—Cree que eso es una trampa.

—Si lo es o no lo es, no me importa. Yo me limito a llevarte a Kansas City por el camino más corto, y lo demás es como si no existiera para mí.

—Comprendo.

Guardaron otro largo, otro pesado silencio, aunque ahora parecía flotar entre los dos el eco de las últimas palabras, un eco que no conseguían alejar del todo.

Transcurrido un tiempo, Turner insistió:

—¿Tiene usted mujer, Johnny?

—Eso es algo que no te importa.

—¿Pero tiene idea, al menos, de lo que significa para un hombre saber que su esposa ha muerto?

—Yo sólo tengo una idea, Turner: He de llevarte a Kansas City y en paz.

—¿Jamás se ha considerado un ser humano?

—Todo ser humano tiene sus deberes y ha de cumplirlos.

—¿E incluso ha de negar un último favor a un condenado a muerte?

—Eso no es cosa mía. ¡Y calla de una vez!

De nuevo aquel silencio pesado, agobiante, que los envolvía a los dos. De nuevo la llanura interminable, al extremo de la cual se vislumbraban, por fin, las siluetas recortadas de unas montañas.

Johnny habló entonces.

Supo que cometía un error, pero no podía evitar preguntarlo:

—¿Desde cuándo estás casado?

—Desde hace ocho años.

—¿Y tu mujer ha muerto ahora?

—Sí.

—¿De qué?

—Sólo sé lo que me decían en la carta. El agua es mala por esta comarca. Ella la bebió, sufrió una infección y ha muerto. Es posible que en una gran ciudad se hubiera salvado, pero aquí no hay médicos, no hay medicinas, no hay nada.

—¿Por qué no avisaron al médico de Silver City?

—Lo hicieron, pero ya llegó demasiado tarde.

Ahora era Turner el que parecía no tener ganas de hablar. Su barbilla estaba hundida sobre el pecho, y todo su cuerpo se bamboleaba a cada paso del caballo. Su abatimiento era tan total que Johnny se creyó en la obligación de añadir:

—¿Sufrió?

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿Por qué han tardado casi tres días en sepultarla?

—Querían agotar todas las posibilidades de que yo la viese. Pero al parecer es inútil.

—¿Cómo crees que yo voy a entrar contigo en una ciudad, por pequeña que sea? ¿No te das cuenta de que, lógicamente, he de temer una emboscada detrás de cada esquina?

—Es que ella no está en la ciudad.

—¿No?

—Está en una casa aislada a dos millas antes de llegar a Saint James. En terreno absolutamente despejado, donde por no haber no hay ni siquiera arbustos. Es absolutamente imposible montar una emboscada allí a un hombre que va atento y armado con un rifle.

—¿Y por qué vino ella tan cerca de Silver City?

—Quería verme. Era su último deseo, su último consuelo, pero… pero ya ve que no ha podido.

Parecía como si su garganta fuera a romperse en un sollozo. Sin embargo, se rehízo, volviendo la cabeza. Miró a otro sitio.

—¿Y quién la ha amortajado?

—Unos rancheros pobres que nos conocían. Fueron ellos los que me escribieron la carta.

Johnny introdujo dos dedos en uno de los bolsillos de su cazadora de piel y extrajo una especie de bola de papel que era en realidad una carta.

—¿Era ésta?

Turner se volvió de pronto, como si hubiera sufrido una sacudida.

—¿Por qué tiene eso en su poder?

—Tú la arrojaste bajo tu camastro, y ayer, al hacer la limpieza de la celda, la encontraron.

—¡No debieron habérsela dado! ¡Es una carta íntima!

—Bueno, en cierto modo lo es, pero no dice nada que no pueda ser leído por cualquier persona. Yo consideré que debía enterarme de su contenido por una elemental medida de seguridad.

—¡Lance esa carta! ¡Láncela al suelo, maldita sea!

Johnny lo hizo.

La bolita de papel describió una parábola y fue a perderse en el polvo de la llanura, donde la lluvia y el sol la convertirían pronto en algo irreconocible.

—De todos modos —dijo Johnny al cabo de unos instantes—, esa carta ha servido para algo.

—¿Para qué?

—Todo lo que tú me has dicho está explicado en ella. Veo que has contado la verdad.

—¿Y por qué había de mentir? ¿Cree que alguien se divierte mintiendo en una situación así?

—Nunca se está seguro.

—Pues ahora ya lo está. ¡Y cállese de una vez! ¡Ya que no va a dejarme ver ni el cadáver de mi esposa, guarde silencio al menos!

Había tal angustia y tal sinceridad en la voz de Turner, que su guardián se sintió sobrecogido.

Fue solo un instante, y sin embargo hay instantes que deciden la vida de los hombres. Johnny sintió que sus ojos se nublaban un momento.

Tomó una decisión.

Hizo girar su caballo y se situó casi delante de Turner, variando su rumbo.

—¿Adónde vamos? —masculló éste, sin querer creer lo que aquella variación significaba:

—Vamos a Saint James —dijo Johnny lentamente—. Estaremos allí solo cinco minutos, pero será suficiente para que te despidas de tu esposa. Si intentas algo mientras tanto, Turner…, juro que te mataré como a un perro.

Capítulo III

La casa, en efecto, estaba aislada. Era ridículamente pequeña, de modo que cualquiera podía darse cuenta de que allí no se ocultarían jamás más allá de cuatro o cinco hombres. Llevando el rifle por delante, era prácticamente imposible caer en una emboscada.

Los dos habitantes de la casa, un matrimonio campesino, estaban fuera. Saludaron tímidamente a Johnny al verle aparecer con el prisionero, y ayudaron a descender a éste.

No se veía a nadie más, no se escuchaba más que el silencio.

Johnny susurró:

—No se acerquen demasiado a él. ¿Está ahí su esposa?

—Sí, sí, señor.

—Quiero que él entre con las manos atadas.

—Desde luego, señor.

Turner penetró en la única habitación de la miserable vivienda, y tras él, clavándole el cañón del rifle en los riñones, entró Johnny. A la menor señal de alarma le habría bastado apretar el gatillo suavemente. Turner no hubiese llegado a contarlo.

Dentro estaba el ataúd.

Era un ataúd sencillo, hecho con tablas toscas, donde resultaba lastimoso que un ser humano hubiera de ser encerrado para toda la eternidad. Más bien parecía un ataúd de los que se construyen para los perros. Y la sensación de piedad era doblemente intensa por cuanto en él se hallaba una mujer muy joven y todavía muy bonita.

Los tres días que llevaba muerta no habían alterado para nada sus facciones, que continuaban siendo regulares, firmes y tersas.

Johnny susurró:

—Puedes rezar un padrenuestro, Turner. Sólo eso.

Turner se acercó al ataúd y se detuvo a tres o cuatro pasos. Por

un momento privó a Johnny de la visión de la muerta.

Y fue entonces cuando Johnny oyó aquella amenaza increíble:

—Quieto, polizonte. Quieto o te abraso.

Johnny tardó casi un largo minuto en comprender, con un pasmo infinito, que aquella voz procedía del ataúd mismo.

CAPÍTULO IV

Sí, la voz había partido del ataúd que ocupaba el centro del pequeñísimo recinto.

Demasiado tarde se dio cuenta Johnny de que acababa de caer en la más miserable trampa.

Cuando Turner se ladeó ligeramente, Johnny pudo ver que la hermosa mujer del ataúd sostenía en su mano un pesado «Derringer» de dos tiros, capaz de hacerle papilla la cabeza a siete veces aquella distancia. Johnny quizá hubiera podido usar su rifle, pero con casi ninguna probabilidad de éxito. En cambio, el asombro había sido tan intenso que por un momento sintió como si sus músculos se agarrotasen.

Ahora comprendía por qué Turner se había hecho enviar a la celda aquella carta; por qué había fingido lanzarla, pero sabiendo en realidad que el carcelero la recogería; por qué le había suplicado que le dejara despedirse de su mujer muerta.

Todo ello constituía la trampa más miserable en que Johnny se había visto metido jamás, pero ahora ya era tarde para lamentaciones.

La mujer indicó:

—Suelta el rifle y luego desátate el cinturón canana.

Johnny obedeció. El sonido de sus revólveres al chocar contra el suelo le pareció el de su propia losa funeral al ser cerrada sobre su cabeza.

Sabía lo que iba a ocurrir a continuación. Hubiera sido capaz de describirlo letra por letra y palabra por palabra.

—Has sido muy listo, Turner —dijo con voz opaca—; pero de poco te va a servir. Otros hombres saldrán a perseguirte cuando yo ya haya muerto. No habrá paz para ti en ningún lugar de esta

inmensa tierra. Vivirás una desesperada existencia de buitre, alimentándote de basura en lugares ocultos, esperando el fatal momento en que alguien te dé caza. Tenías una oportunidad de ser juzgado legalmente en Kansas City y la has desaprovechado. Ahora puedes disparar. Tú has ganado la partida y yo tengo que pagar el precio; no voy a oponerme.

Creyó que Turner prorrumpiría en una carcajada triunfal, pero, cosa extraña, la sonrisa del forajido fue lejana, cansada y amarga.

—No voy a matarte, sabueso. Yo seré capaz de liquidar a medio pueblo en una pelea, pero no mato a un hombre a sangre fría. Te quedarás aquí bajo vigilancia un día entero, y luego podrás hacer lo que te venga en gana. Yo ya estaré lejos.

—Más vale que dispares, Turner —dijo secamente Johnny, y sin que le temblara la voz—. Yo nunca perdono a los que se han reído de mí. Ahora te buscaré no sólo por los cinco mil dólares, sino también para salvar mi propia vergüenza. ¡Mátame de una maldita vez o te juro que llegará un día en que te tendré ante el punto de mira de mi revólver! ¡Y ese día sabe Dios que no tendré piedad!

Turner, que había recogido las armas, le dirigió una mirada inexpresiva y lejana. Cosa extraña, daba la sensación de estar pensando ya en otra cosa.

La mujer había salido ya por completo del ataúd. Era joven y hermosa, pero se apreciaban en ella esos misteriosos surcos que deja el sufrimiento y que, si bien quitan algo de belleza, dan en cambio a un rostro de mujer una serenidad y una plenitud que pueden llegar hasta el fondo de uno mismo con más impacto que una piel suave o unos labios rojos.

Sobre que tenía enfrente a una mujer de calidad, no le cabía la menor duda a Johnny. Fuese o no la esposa de Turner, se había jugado la piel para salvarlo, y parecía dispuesta a jugársela cien veces más. Johnny se preguntó si no habría sido aquel conocimiento instintivo lo que le impidió hacer uso de su rifle en el primer momento. De una forma maquinal había comprendido que él no podría disparar contra una mujer así.

Pero ya era tarde para reflexionar. Lo único que tenía que hacer era seguir a Turner, si éste, en definitiva, se decidía por no matarle.

Turner, una vez recogidas las armas, emitió un pequeño silbido.

Dos rancheros pobremente vestidos y un niño cubierto de

harapos penetraron en el pequeño recinto.

No manifestaron la menor sorpresa al ver la escena, como si desde el primer momento hubiesen adivinado ya todo lo que allí iba a ocurrir.

Turner dijo secamente a Johnny.

—Camina hacia la puerta.

El joven obedeció, sabiendo que, cuando lo tuviese de espaldas, Turner le enviaría al centro de la cabeza la bala definitiva. Le había dicho que no iba a matarle para que no se resistiese, pero sin duda acabaría con él. Concentrando sus desesperados recuerdos —pues jamás Johnny había necesitado tan angustiosamente la vida como en este momento—, caminó hacia la salida de la casa. Cuando estaba a punto de trasponer el umbral, dos culatazos se abatieron sobre su cráneo. Cayó de bruces, exánime, mientras una lúgubre campana se ponía a resonar dentro de su cabeza.

* * *

Cuando recobró el sentido, el sol ya estaba muy bajo en el horizonte. Debían haberle golpeado muy bien, porque de otro modo no comprendía que hubiera pasado sin sentido tantas horas. Al intentar respirar le acometió una espantosa náusea y tuvo que apoyar la cabeza contra una de las paredes para reponerse poco a poco. Tenía los pies y las manos atadas y la sensación de dolor en su nuca era sencillamente insoportable.

Miró en torno suyo, aturdido aún, mientras sus ojos vidriosos iban adquiriendo poco a poco una expresión menos abotargada.

Se dio cuenta de que lo habían dejado solo. Ni los humildes rancheros, ni Turner, ni la que parecía su esposa, estaban ya allí. Por supuesto, no quedaba tampoco rastro de las armas ni de los caballos.

Johnny no se dio prisa en intentar librarse de sus ligaduras. Sabía que aún tendría sus facultades normales embotadas durante mucho tiempo, y que lo mejor era esperar a reponerse poco a poco.

Habían caído ya las primeras sombras de la noche cuando intentó librarse de sus ligaduras.

Éstas eran sólidas y de nudos bien hechos, pero había en la casa un par de viejos cuchillos que podría emplear para limarlas poco a poco. Sus enemigos parecían haber dado por descontado que no

tenía que acabar allí muriéndose de hambre.

Tras casi una hora de ímprobos esfuerzos, consiguió librarse por completo y salió tambaleándose en busca de la bomba de agua que seguramente debía estar en un exterior del propio edificio. Al verla, puso la cabeza bajo el chorro de frío líquido y poco a poco se fue sintiendo más despejado.

Luego salió a la llanura e intentó encontrar huellas de los fugitivos.

Todo inútil. El viento había movido la tierra rojiza de un lado para otro y las livianas huellas que podían dejar allí unos cascos eran prácticamente imperceptibles. Quizá a la luz del sol habría conseguido algo, pero resultaba inútil intentarlo cuando ya la llanura estaba siendo surcada por las sombras espectrales de la noche.

Además, Johnny no podía perseguir a los fugitivos a pie.

Necesitaba un caballo.

Dominando la sensación de vértigo que aún le acometía, regresó caminando hacia Silver City. Lo que le había parecido a caballo un trecho normal, se transformó en una pesadilla al tener que ser recorrido de noche y con aquella punzante sensación de herida en la nuca. Pero al amanecer consiguió llegar a Silver City y se presentó en la oficina del *sheriff*.

Encontró a éste borracho y durmiendo sobre la mesa.

Sin duda había celebrado a su manera el fin de la pesadilla que debió significar para él tener encerrado allí a un tipo como Turner. Había al menos media docena de botellas desparramadas por el suelo. Aun suponiendo que el *sheriff* hubiese tenido compañía, la suya debió ser una borrachera de las de caerse muerto.

Johnny tuvo que sacudirle durante varios minutos enérgicamente antes de que el *sheriff* abriese al menos un ojo.

Cuando vio a Johnny allí rió estúpidamente:

—¿Qué, amigo? ¿Ya de regreso de Kansas City? ¡Si parece como si se hubiera marchado ayer! Espere, tengo por ahí sus dólares…

Johnny dijo por entre sus dientes apretados:

—Es que salí ayer, amigo. No he llegado ni a veinte millas de aquí.

—¿Y… Turner?

—Turner se ha fugado —reconoció Johnny con toda brutalidad.

Tuvo la sensación de que la borrachera del *sheriff* se disolvía en menos de diez segundos.

—¿Dice… que se ha fugado?

—A unas veinte millas de aquí.

—¿Y dónde está?

Una pregunta tan lógica como que la que acababa de hacer el *sheriff* le pareció a Johnny completamente ridícula. ¿Qué sabía él? ¿Por dónde empezaba a buscar a aquella especie de diablo?

El *sheriff* también pareció comprenderlo así, porque no repitió su pregunta. Se limitó a susurrar, estupefacto:

—¿Y qué va a hacer ahora, Johnny?

—Le hago una proposición, *sheriff*. ¿Tiene usted un caballo para vender?

—No necesito vendérselo. Puedo prestárselo.

—No, *sheriff*, se lo pagaré. A partir de ese momento no necesito ni merezco ninguna ayuda. Soy un pobre imbécil en cuyas barbas se ha reído ese granuja de Turner. Véndame el caballo y considere que he renunciado a la mitad de lo que me había prometido por mi trabajo. Sólo por dos mil quinientos dólares le juro que encontraré a Turner, aunque se haya escondido en los mismísimos bosques del Canadá, y lo llevaré atado de pies y manos ante el juez de Kansas City. De ahora en adelante no tendrá objeto mi vida si no consigo esto.

Había tal seguridad y al mismo tiempo tal angustia en las palabras que dijo Johnny, que el *sheriff* se sintió impresionado. Comprendió que todo el inmenso territorio de los Estados Unidos iba a ser pequeño para Johnny y para Turner de ahora en adelante. Una persecución diabólica, a la que él prefería mantenerse ajeno, iba a comenzar.

¿Pero quién vencería? Mejor no preguntárselo siquiera.

Sacó de la cuadra su mejor caballo y pidió por él y por la silla un precio puramente simbólico: cincuenta dólares.

Johnny le entregó cien.

—¿No va a descansar? —preguntó el *sheriff*—. ¿Cree que, estando reventado, tendrá alguna ventaja sobre Turner?

—Marcharé en seguida —dijo decididamente Johnny—. Cada hora tiene para mí su precio a partir de este instante. He de encontrar a Turner y capturarlo, aunque sea la última cosa que haga

en esta vida.

Montó silenciosamente en su nuevo caballo y partió al trote largo, mientras sobre la tierra reseca de Silver City empezaban a insinuarse los primeros rayos del sol.

CAPÍTULO V

Durante varios días, y siempre en la ruta que llevaba a Kansas City, fue posible ver a un hombre barbudo, cubierto de polvo, reventado de cansancio, que a la llegada a cada población hacía siempre exactamente lo mismo.

Se dirigía al saloon más importante de la ciudad —muchas veces no se trataba de un saloon, sino de una cantina o de un tabuco sin nombre—, y realizaba al encargado esta única pregunta:

—¿Ha visto pasar por aquí una mujer y un hombre que montaban dos caballos pintos casi exactamente iguales?

La respuesta siempre era la misma también:

—Por aquí pasa mucha gente, amigo. ¿Cómo quiere que me fije en una pareja determinada? ¿Al menos es guapa la mujer?

—Es muy guapa.

—Pues en este caso lo siento, compadre. Aunque hubiese pasado por aquí, ni mi mujer ni mi suegra me hubiesen dejado verla.

Era descorazonador, angustioso y casi horrible buscar a una pareja de fugitivos por toda la inmensidad del Oeste, donde la gente no estaba más de dos años en el mismo sitio, donde nadie quería enterarse de nada y donde las pistas se perdían en el espacio sin fin. ¡Si al menos Johnny hubiera dispuesto de algunos dólares para refrescar la memoria de aquella gente! Muchas veces tenía la sensación de que le engañaban, de que en efecto habían visto a Turner y a su esposa, pero no querían comprometerse dando un indicio que podía llevar a un hombre a la horca.

Johnny no disponía ni siquiera de dinero para pagarse un alojamiento en su inacabable peregrinar. Pedía permiso para dormir en los establos, se lavaba él mismo la ropa y se alimentaba solamente de las piezas de caza que cobraba por el camino.

Hubo quien le preguntó:

—¿Por qué sigue empeñado en esta persecución sin sentido, amigo? ¿No valdría más la pena dejar a Turner y buscarse un trabajo que le diese algo de dinero?

Johnny respondía que no, que tenía que seguir hasta el fin.

Él sabía por qué.

Él sabía también por qué no podía gastar los pocos dólares con que contaba.

CAPÍTULO VI

Mientras tanto, y siguiendo siempre su interminable fuga hacia el Este, Turner y la mujer que le acompañaban habían llegado a la ciudad más populosa y en aquel tiempo más siniestra de Arizona: Tucson.

Cubiertos de polvo, destrozados por la infernal cabalgada, y denotando en sus rostros que durante varios días habían comido mucho menos de lo indispensable, aquellos dos seres no perdieron tiempo, sin embargo, al llegar a la ciudad. Fueron directamente a una casa de la calle principal en cuya placa dorada se leía:

«Dr. MORANE»

El doctor les atendió en seguida.

Era un tipo de unos cincuenta años, facciones finas y afiladas y ojillos de halcón. Se decía que tenía las manos más finas de todo el Sudoeste, y que su habilidad con ellas había nacido haciendo trampas con los naipes.

Pero ésta era una historia que no interesaba a los recién llegados.

Morane se había clasificado como el cirujano más experto del todo el Sudoeste, a pesar de que sólo llevaba un año en Tucson. Sus manos eran capaces de realizar auténticas maravillas… y de cobrar unos honorarios que sólo las familias más ricas de Arizona estaban en situación de pagar.

Éste fue, pues, el primer hombre a quien los fugitivos vieron después de su llegada a Tucson.

Turner hizo ante él una humilde reverencia, como si estuviera

ante un pequeño dios.

—Le presento a mi esposa, doctor Morane. Hemos hecho un largo viaje desde Nevada.

—Ya lo noto —dijo conmiserativamente el cirujano, mientras dirigía una mirada de soslayo al polvo de sus ropas.

—¿Cómo…, cómo está nuestro hijo, doctor? —se atrevió a preguntar Turner al cabo de unos instantes, tras disimular su ansiedad con un par de amargas flexiones de sus labios.

—Su hijo está como antes, señor Turner.

—¿Se ha confirmado el diagnóstico?

—Sí.

—¿Entonces… habrá que operar?

—Sin duda alguna.

Haciendo un elegante gesto, el doctor Morane escribió una cifra sobre una hoja de papel que tenía en su mesa.

—Habrá que operar, señor Turner, y le notifico que los gastos de internamiento en mi clínica que ya ha causado su hijo durante todo este tiempo, ascienden a ochocientos dólares.

En los ojos de Turner se leyó algo que no se había leído en ellos ni durante sus desafíos con los más peligrosos pistoleros; pánico. Un pánico que estaba más allá de su propia vida, pero que hizo lo posible por disimular.

—Lo tengo en cuenta, doctor Morane, y antes de la operación liquidaré esa cuenta. ¿Cuánto cree que puede costar extraer ese tumor al niño?

El doctor Morane hizo otro elegante gesto.

—Tenga en cuenta, señor Turner, que puede ser un tumor maligno.

—Lo sé…

—Tenga en cuenta también que hay que operar con toda urgencia, pues de lo contrario dudo mucho que su hijo se salve.

—Lo comprendo, doctor Morane.

La voz de Turner era temblorosa. En cuanto a su esposa, no se atrevía ni a hablar.

El médico clavó en ellos sus ojillos de halcón.

—Ciertamente, me veo en la obligación de decirle que no tocaré el bisturí hasta que me haya sido abonada la primera cuenta, señor Turner.

—Lo imaginaba… Lo imaginaba, doctor Morane, y por eso estoy aquí. He venido a hacerme cargo de todo. ¿Sabe usted que estoy a punto de recibir un importante préstamo? ¿Sabe usted que el representante de un importante Banco de Texas el Banco Agrícola y Ganadero, va a venir a verme especialmente a Tucson?

El doctor Morane ni lo creyó ni dejó de creerlo. Simplemente hizo un gesto de suprema indiferencia.

—Ése no es asunto mío, señor Turner. Sólo le notifico que no operaré a su hijo hasta haber cobrado mis primeros ochocientos dólares, y el resto por el total valor de la operación, o sea tres mil más, cuando su hijo se haya restablecido.

Turner dio varias vueltas nerviosamente, entre los dedos, a su deshilachado sombrero.

—Me parece muy razonable, doctor Morane. Dios le bendiga.

Cuando iba hacia la puerta, la voz sin matices del médico le hizo detenerse.

—Dos preguntas, señor Turner.

Él se volvió.

—Las que quiera, doctor.

—¿A qué se ha dedicado usted en Nevada, si puede saberse?

—Pues… A negocios.

—Han debido ser negocios de conducción de ganado, a juzgar por el estado de sus ropas.

—Sí, eso es, doctor —dijo Turner casi con alivio—. Negocios de conducción de ganado.

—¿Y en qué hotel de la ciudad va a hospedarse ese representante del Banco que ha venido expresamente a verle?

A pesar del burlón retintín de las palabras del médico, Turner dijo sin ofenderse:

—En el Imperial.

—Entonces le deseo buena suerte.

Turner estaba, efectivamente, convencido de que en el Imperial encontraría a la persona que iba a prestarle una ayuda decisiva. Por eso él y su esposa fueron directamente al hotel, que era el mejor de la ciudad, y preguntaron al conserje:

—¿Han reservado alguna habitación para una persona del Banco Agrícola y Ganadero de Texas?

A pesar de lo rimbombante del nombre, el conserje les miró con

recelo antes de consultar el libro-registro.

Por fin dijo:

—Habitación número nueve. Han llegado esta tarde. Pueden subir.

Turner miró un instante a su esposa.

—Quédate un momento aquí, Sonia. Yo voy a ver si la persona que está arriba es la que esperamos.

Subió a la habitación número nueve.

Golpeó con los nudillos y una voz repuso quedamente:

—Adelante.

Era una voz de mujer.

* * *

El más abrumador desencanto se reflejó en las facciones de Turner. No fue sólo por tropezarse con una mujer cuando esperaba hallar la ayuda de un hombre, sino porque había reconocido aquella voz.

Empujó la puerta y penetró en la habitación.

Ésta se hallaba, efectivamente, ocupada por una mujer.

Pero no una mujer como las que abundaban en las llanuras de Arizona, roídas por la fatiga y viajes ya a los treinta años.

Ésta era una mujer distinta, con toda la elegancia, toda la finura, y toda la distinción de las damiselas de la buena sociedad del Este.

Era, en resumen, una mujer como para caerse muerto.

Sólo que Turner no se cayó muerto, porque ya le faltaba poco para estarlo de verdad y porque nadie se emociona demasiado ante la propia hermana de su mujer, por rutilante que ésta sea.

Ella se echó hacia atrás un mechón de sus delicados cabellos rubios e hizo un mohín al verle.

—¡Oh, Turner, no te estés ahí en la puerta! Pasa y cierra. Estás en tu casa.

Turner pasó.

Con mirada de curiosidad, abarcó el sinfín de vestidos que se veían amontonados por todas partes y que seguramente hubieran bastado para equipar a toda una compañía de *ballet*. La muchacha se movía entre ellos con la elegancia de una princesa.

—Siéntate, Turner, no te estés ahí. ¿Quieres algo de beber? ¿Te apetecería un *whisky*? No es como ese licor infernal que fabrican

aquí. A mí me lo traen especialmente desde Escocia.

—No quiero beber nada, gracias.

—¿Y Sonia? ¿No está contigo?

—No he querido que subiese. Creí que iba a encontrar al representante del Banco, como tú me prometiste en tu carta. Pensé que con uno solo que pasara vergüenza ya habría bastante.

La muchacha se llevó una mano a sus delicados cabellos rubios.

—¡Oh, el Banco! ¡Ya casi lo había olvidado! ¿Te corre mucha prisa?, ¿no?

—La situación es realmente desesperada, Laura.

—¿Tienes que operar en seguida a Nick?

—Sí, y lo peor es que necesito pagar al médico con anticipación. Y aún no lo he dicho todo, Laura: Por razones muy personales no podré quedarme en Tucson mientras Nick está convaleciente. Lo he de dejar todo en tus manos, conforme habíamos convenido por carta. Tú me aseguraste que ese Banco de Texas era tuyo en un cincuenta por ciento…

La esperanza brilló súbitamente en los ojos de Turner al susurrar:

—¿Acaso tú misma has traído el dinero? ¿Quizá no hace ni siquiera falta que venga un representante del Banco?

La mirada de Laura, errando por la habitación repleta de vestidos, fue todo un poema de desolación, pero no la desolación que sentiría una mujer ante un hecho grave, sino la propia de una niña ante un capricho que no llega a cumplirse.

—¡Oh, el dinero! Claro, yo había venido para eso… Te dije en la carta que el Banco os concedería cinco mil dólares, ¿no?

—Y también dijiste que en el Banco hacías y deshacías, Laura.

Otra vez la mirada de la elegante muchacha erró por la habitación.

—Bueno, yo creí… yo creí que la situación no era grave, de verdad. Pensé que todo podía arreglarse con unos quinientos dólares, que es lo que llevo ahora.

La voz de Turner sonó como una sentencia de muerte al balbucir:

—¿Quinientos dólares?

—Bien, una chica puede sentir a veces la tentación de darse importancia, ¿verdad? De pequeña, mamá siempre decía que yo no

servía para nada y que Sonia era la lista. Pensé que esta vez os dejaría a todos abrumados con la importancia del cargo que yo ocupaba en Texas. Al fin y al cabo, no pasaba de ser una broma inocente…

Turner movió la cabeza con infinita desesperanza.

Le parecía estar viviendo una situación ya repetida otras veces, cuando él iba a casarse con Sonia y le parecía que su vida sería muy distinta de lo que luego realmente fue. Laura era entonces una niña caprichosa a la que gustaba jugar a hadas, a princesas y a reinas de legendarios países. Ahora seguía siendo igual. Ahora había jugado a millonadas, pero con la diferencia de que la vida de un niño inocente corría de verdad un serio peligro.

Esto sí que no era juego.

En este dramático momento Turner se preguntó con desesperación si conseguiría ganar lo que necesitaba trabajando en Tucson, aunque fuera sin comer ni dormir. Pero se dijo que no. Nadie pagaría más allá de ocho dólares diarios a un hombre como él, con la agravante de que no podía quedarse en la ciudad demasiado tiempo. El viejo perro de presa que era Johnny daría con su pista tres o cuatro días más tarde, a lo sumo. Esos tres o cuatro días eran toda su ventaja, la única barrera que para él separaba la vida de la muerte.

En este terrible momento. Turner casi hubiera celebrado tener allí a su perseguidor, para que Johnny le clavara una bala entre las cejas.

Pero eso era una cobardía. Él necesitaba vivir…, vivir…, vivir…

Laura dijo, como en un susurro:

—Comprendo que he sido una imbécil, Turner, pero aún puedo vender mis vestidos y mis joyas.

—Tus joyas son de latón, muchacha, y por tus vestidos nadie te daría más allá de doscientos dólares en Tucson, que es una ciudad donde la elegancia no se estila. ¿Qué lugar ocupas de verdad en el Banco, Laura?

—Pues…, pues soy secretaria de la hija del director.

De pronto, como si estas palabras hubieran avivado sus recuerdos, Laura chascó los dedos.

—¡Aún queda una esperanza, Turner!

—¿Qué esperanza?

—Ella, la hija del director.

—¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Leyó tu carta. Puede que lo haya tomado en serio y venga hacia aquí. ¡Ella es una mujer muy capaz de hacer esas cosas!

Turner preguntó con un soplo de voz:

—¿Va a venir aquí con dinero… y sola?

—Sí. Ella nunca admite la ayuda de nadie.

—Pues entonces dala por muerta —balbució Turnar—. Dala por muerta y reza por su joven e intrépida alma…

CAPÍTULO VII

Sí, Coral tenía un alma joven e intrépida, y no sólo era eso.

Desde niña había destacado por sus dotes atléticas en todos los elegantes colegios a los que la llevó su padre. Luego, cuando se dio cuenta de que su padre era ni más ni menos que un ladrón honrado, como la mayor parte de los banqueros de la época, se negó a colaborar con él y exigió que variase algunos de los aspectos más fundamentales del Banco que regentaba. Ahora, después de cuatro años de estas reformas, su padre era un hombre honrado, y, cosa al parecer extraña, ganaba más dinero que cuando se dedicaba a embaucar a la gente concediendo préstamos al ochenta por ciento de interés.

Coral tenía veintiún años, pero todos decían que no viviría muchos más.

Era demasiado audaz, demasiado intrépida, demasiado noble.

Enfrentaba los asuntos cara a cara y jamás dejaba que nadie la amilanase. Ni honrado, ni truhán ni pistolero. En su vida no habían existido nunca dos cosas: ni el miedo ni los hombres.

Ahora, mientras cabalgaba solitaria por entre los farallones de Arizona, su extraordinaria personalidad se manifestaba en toda su pujanza.

Alta, hermosa, rubia, dotada de una salud perfecta, cualquiera, a distancia, la hubiera tomado por un muchacho. Galopaba igual que un vaquero, y su sentido de la orientación era tan certero como el de un auténtico conductor de manadas.

Naturalmente, su padre no sabía que estaba allí.

Ni ella misma sabía por qué había emprendido sola aquella aventura, cuando para ayudar a la loca de Laura le hubiese bastado con una transferencia a cualquier establecimiento bancario de los

que había abiertos en Tucson.

Pero algo superior a ella la empujaba.

El deseo de vivir, el deseo de la aventura, una extraña llamada que quizá era la llamada de la propia muerte.

Todos se lo decían:

—Por este camino sólo conseguirás que te claven una bala entre las cejas. El Oeste no es sitio para una muchacha como tú.

Sin embargo, Coral galopaba hacia los lugares más salvajes de la geografía de Arizona guiada sólo por una inspiración.

Cerca de Tucson existía una población que luego ha desaparecido, un pequeño rincón llamado entonces Villenoire, sin duda porque su fundador fue un francés que no debió pasarlo muy bien allí. Coral se encontró con un extraño espectáculo.

Dos hombres más bien viejos se hallaban detenidos a la entrada de la única y corta calle de la ciudad. Ésta estaba compuesta casi enteramente por lugares de diversión, lo cual indicaba que muchos ciudadanos de Tucson debían venir a pasar sus noches alegres allí, donde nadie les conociera. Villenoire debía ser una especie de válvula de escape de Tucson, ciudad viciosa, pero también excesivamente ajetreada, donde mucha gente rica no se divertía a gusto.

Coral imaginó todo esto en menos de treinta segundos, mientras los dos viejos le hacían señas para que se detuviese.

—¿Qué ocurre? —preguntó Coral.

—Más vale que desvíe su camino, señorita. No conviene que una mujer sola pase por el centro de esta ciudad.

—¿Y para eso están ahí, parados como marmotas?

—Nosotros estamos aquí —dijo el mismo viejo—, para evitar que cualquier jovenzuelo forastero se meta en líos y haya más derramamientos de sangre. Pero si se trata de una mujer, con mucha más razón todavía.

La muchacha no entendía, y así lo dijo claramente:

—No comprendo nada. ¿Es que aquí va a producirse un terremoto?

—Más o menos, y ya que nosotros no podemos evitarlo, queremos que al menos haya pocas víctimas.

—¡Me están ustedes impacientando! —gritó Coral, que no estaba acostumbrada a encontrar obstáculos en su camino—. ¡Apártense de

aquí o les echaré el caballo encima!

Los dos viejos, muy asustados, levantaron las manos a la vez.

—No lo haga, no sea estúpida… Si la viese Larry…

—¿Quién es Larry? ¿El mismísimo demonio?

—Algo parecido. No conviene que vea a una mujer bonita como usted. Ahora mismo está a punto de desafiarse en el saloon principal de esta podrida ciudad. Acaba de llegar y ya por su causa van a morir dos hombres. Créame, no dé un paso más y desvíese por otro camino. Aquí Larry no hará otra cosa que repartir la muerte…

CAPÍTULO VIII

El hombre amartilló suavemente su revólver, con un movimiento casi imperceptible y lleno de delicadeza.

Pero en el silencio obsesionante del saloon, el «clic» del martillo pareció resonar con el estruendo de un cañonazo.

Los dos hombres que estaban frente a él advirtieron:

—No dé un paso más, Larry. No dé un solo paso más o mi amigo y yo le acribillaremos a balazos.

Hablaban los dos a la vez y ambos con el mismo nerviosismo, como si fueran hermanos siameses, aunque no se parecían en nada.

Larry musitó:

—¿Ahora resulta que sois amigos?

—Cuando se trata de defender a una mujer, son amigos todos los hombres honrados —dijo el que había hablado antes.

—Yo creí —silabeó burlonamente Larry—, que estabais enamorados los dos de la misma muchacha y que por eso no podíais tragaros el uno al otro. Resulta conmovedor veros a los dos juntitos aquí, y además diciendo que sois amigos. Un encanto, palabra.

—Los dos estamos enamorados de la misma mujer —dijo el otro —, pero los dos la queremos limpiamente. Hubiéramos sido capaces de matarnos por ella, Larry, pero ahora vamos a matarle a usted si da un paso más en dirección a esta puerta. Porque usted no la quiere limpiamente, Larry. Usted sólo la quiere para ensuciarla con su baba.

Hubo una leve crispación en las facciones de Larry, pero ésta fue su única reacción ante el insulto.

—Muy bien. Entonces, ¿por qué no me matáis?

—Preferimos que se marche de la ciudad, Larry. No quisiéramos tener que derramar sangre.

—¿Sabéis cómo llamo yo a esto?

—¿Cómo lo llama, Larry? Sentimos curiosidad.

—Miedo.

Los dos hombres que estaban frente a Larry tuvieron una misma crispación. Movieron suavemente sus revólveres.

Era extraño aquel duelo.

Quietos en el centro del saloon, separados tan sólo por unos ocho pasos los tres hombres —dos en un bando y uno en otro—, tenían ya los revólveres en las manos, pero no habían disparado aún.

Además eran muy distintos.

Larry tendría unos cuarenta años y todo él era músculo, reciedumbre, brutalidad. Sin embargo, tenía al mismo tiempo los movimientos sinuosos de una pantera. Vestía elegantemente y llevaba un solo revólver, trabajado en marfil y plata. Muchos detalles en él indicaban que era un hombre de posición. El dinero nunca puede esconderse del todo.

En cambio los dos jóvenes que estaban frente a él no habrían cumplido los veinte años. Iban pobremente vestidos y sus revólveres no tenían el menor adorno.

Todos los clientes del saloon estaban pendientes del desarrollo del duelo.

Reinaba en el local un silencio de muerte.

—Estoy seguro —dijo Larry—, de que la mayor parte de esos imbéciles que nos están mirando han apostado contra mí. Todos tenemos ya los revólveres en las manos, y para librarme de morir yo tengo que disparar dos balas certeras en el mismo tiempo que vosotros empleáis para disparar una. Pero aun así estoy dispuesto a que corra la sangre. ¡Vamos! ¡Disparad!

Los dos jóvenes sudaban, a pesar de su ventaja. Hacían esfuerzos terribles para que no se les notara el temblor de sus rodillas. Demasiado conocían la fama de Larry, el hombre que no había fallado un disparo jamás.

Pero había llegado el momento decisivo.

Si ellos fallaban, una muchacha quedaría en poder de las sucias manos de Larry.

Hicieron fuego.

* * *

Se notó demasiado el momento en que iban a disparar. Se notó por la tensión de sus músculos y la mirada fija de sus ojos. Larry supo saltar a tiempo.

Cuando las dos balas rasgaron el aire, el pistolero no estaba ya en su sitio. Con una agilidad pasmosa se había desplazado a la izquierda, cayendo de rodillas. Y desde su nueva posición disparó a placer, con una velocidad increíble, agotando todas las balas de su cilindro.

Uno de los jóvenes recibió plomo bajo la barbilla, y cayó hacia atrás sin darse cuenta de que moría, con la cabeza atravesada. Antes de caer había recibido dos impactos más en el pecho, y uno en el vientre. Esta especie de sadismo de Larry, «asegurando» bien a su víctima, fue una suerte para el otro, que sólo recibió dos balazos en el corazón.

Hechos un ovillo, los dos jóvenes cayeron.

Larry se puso en pie, y sus gruesos labios se distendieron en una sonrisa, contemplando los rostros petrificados de los testigos.

Recargó lentamente el revólver.

—¿Alguien más? —dijo, paseando en torno una mirada circular —. ¿Alguien quiere que continúe la juerga?

Nadie contestó.

Sólo dos tipejos pequeños, que eran condueños de la empresa de Pompas Fúnebres, se atrevieron a moverse para sacar al exterior los cuerpos de los caídos.

Al ser derribados por el plomo, los dos jóvenes habían dejado al descubierto una puerta.

Habían intentado defenderla con sus vidas, pero ahora sus vidas ya no palpitaban sobre la tierra.

Larry avanzó hacia allí.

La abrió.

Y de pronto una mujer que aguardaba detrás se lanzó en sus brazos besándole apasionadamente.

—¡Cariño mío! ¡Creí que este momento no llegaría nunca! ¡Bésame! ¡Bésame cien veces!

Larry no la besó.

Sin que sus labios perdieran la sonrisa cuadrada que había adoptado después de los disparos, extrajo el revólver y dejó caer la

culata sobre la cabeza de la mujer.

Ésta se desplomó en tierra lanzando un gemido.

Su corto vestido dejó ver unas piernas bonitas y perfectas, enfundadas en unas medias de malla negra. Sus cabellos rubios le cayeron en hermosos rizos sobre la frente.

Era una mujer que debía tener cerca de unos treinta y cinco años, y estaba en la plenitud turbadora de la madurez, cuando todas las promesas se han convertido ya en firmes realidades.

Cualquier hombre que no fuera un santo habría sentido, al verla así, en aquella postura, la necesidad casi irresistible de estrecharla entre sus brazos, poniéndola en pie, y besarla en los labios.

Sin embargo, Larry se limitó a apartarla con un pie.

—¡No avances un paso! —gritó la mujer desde el suelo—. ¡Por Dios, no avances un paso!

—Eso mismo me han dicho dos hombres hace un momento —silabeó Larry—, y ya no volverán a decirlo más.

—Yo te ruego…

—¡Tú no tienes que rogarme nada!

Los ojos de Larry brillaban codiciosos. Su gruesa mandíbula inferior temblaba de excitación.

Pero no miraba a la mujer que yacía en el suelo. Miraba más allá, al fondo de la habitación, a la muchacha de dieciocho años que temblaba apoyada en una de las paredes.

—Ven, preciosa, ven aquí. Acércate a tu Larry.

Desde el suelo, la otra mujer gimió:

—¡Pero tú no puedes hacer eso, Larry! ¡Dijiste que estabas enamorado de mí! ¡Íbamos a casarnos!

—Dije que estaba enamorado de ti cuando aún no había conocido a tu hija —masculló, brutalmente el pistolero.

—Pero ¿es que no te das cuenta? ¡Eso va contra la conciencia y contra la dignidad de cualquier hombre! ¡Ninguna persona honrada haría una cosa así!

—Yo no soy una persona honrada —dijo Larry—; más bien soy una persona de buen gusto.

Y lanzó una violenta carcajada, riendo lo que él creía un chiste.

De pronto sus ojos llamearon.

Iris, la muchacha, intentaba huir tratando de saltar por una de las ventanas.

Larry dio un salto, la inmovilizó de un zarpazo y pronto la tuvo entre sus brazos, apretada a él, sintiendo con renovado placer los esfuerzos que hacía la muchacha por librarse. Por fin, cuando se cansó de aquel juego, echó hacia atrás a la fuerza la cabeza de la muchacha y la besó en la boca.

La muchacha gimió mientras brotaban lágrimas de sus ojos, pero al fin fue inmovilizada por la ruda y terrible caricia de Larry.

Su madre, Nora, lloraba en un rincón, impotente, sin haberse podido levantar todavía del suelo.

—Por Dios, Larry, déjala… —gimió—. Déjala…

Larry la soltó, pero no lo hizo por piedad, sino porque comprendió que la muchacha iba a desmayarse en sus brazos.

—Bueno —dijo riendo—, no te asustes, pequeña. Esto ha sido sólo el principio. Cuando te cases conmigo lo ensayaremos mucho mejor.

—¡No me casaré nunca con usted! ¡Nunca!

Las facciones de Larry se endurecieron bruscamente y dijo:

—Acabo de matar a dos hombres porque se han opuesto a mi voluntad, muchacha, y porque han asegurado que tú no llegarías a caer en mis brazos. No me importará matar a alguien más, incluso a tu madre, si ella se opone a mis designios.

—¡Usted no tocará a mi madre!

—De ti depende, muchacha, de ti depende —advirtió Larry, volviendo a su sonrisa cuadrada—. Si tú haces lo que te conviene y te portas como una señorita, a tu madre no le ocurrirá nada. Por el contrario, será una dama distinguida y podrá usar de mi fortuna. Porque yo voy a casarme contigo, nena. Soy un hombre honrado y serio, ya ves. En cambio, si sigues con esa actitud, puede que tu madre te dé buenos consejos… desde el otro mundo.

Iris abrió la boca, a punto de gritar, y algo se le clavó en la garganta impidiéndole modular un solo gemido. Sus diez dedos arañaron ansiosamente la pared que tenía a su espalda.

—Ya lo sabes —dijo Larry.

Se daba cuenta del efecto que había producido su amenaza. Comprendió que, después de aquello, Iris empezaría a estar «madura».

Dirigió una mirada desdeñosa a Nora, aún caída en el suelo, y salió de la habitación.

Iris lanzó un gemido.

Corrió hacia su madre y cayó de rodillas junto a ella besándola en los cabellos.

—¡Dios mío! ¡Es capaz de hacerlo, mamá! ¡Es capaz de hacerlo! ¡Te matará si yo no cedo! Pero ¿cómo pudiste ser tan loca para admitir a tu lado a ese hombre?

Nora lloraba silenciosamente.

Si se la miraba podía darse uno cuenta de que a los dieciocho años había sido tan bonita como su hija. Era todavía una hermosa mujer, capaz de enloquecer a cualquier hombre, pero su belleza resultaba pálida al lado de la de su hija Iris, como un brillante que parece insuperable queda disminuido si se le coloca al lado otro más perfecto todavía.

Iris lloraba en silencio, como si le diera vergüenza manifestar su impotencia y su dolor.

—¿Cómo pudiste admitir a tu lado a un hombre de esta clase? —susurró después—. Di, ¿cómo no advertiste la clase de canalla que era?

Nora hundió la cabeza y permaneció en el suelo, sin fuerzas para ponerse en pie.

—Hace ya muchos años que soy viuda —musitó—, y una mujer no puede vivir sola en esta tierra.

—Pero pudimos irnos al Este… Pudimos irnos a Nueva York, a Filadelfia…, ¡a la misma Europa, si hacía falta! ¿Por qué hemos tenido que quedarnos aquí, donde la vida de una mujer no vale nada?

—Porque ésta es la tierra de las oportunidades, a pesar de todo. Porque en el Este no hubiéramos conseguido nada, y yo ansiaba que tú llegaras a ser rica, Iris. En las ciudades del Este hay muchas mujeres, y una viuda con una hija poca atención puede merecer. En cambió aquí, las mujeres… a pesar de que no valemos nada…, escaseamos mucho, y los hombres se pelean por nosotras. Pensé que continuando aquí podría hacer una buena boda y darte el porvenir que mereces. Porque yo sólo pensaba en ti, Iris. Mi vida me importaba ya poco. Y al principio creí que Larry iba a ser el hombre rico que se casaría conmigo y solucionaría tu destino.

—Pero debiste verlo… Ese hombre tiene…, ¡tiene mirada de asesino! Y sus ojos…, ¡sus ojos dan frío!

—Al principio tenía otra actitud, Iris… Parecía de veras enamorado de mí, y aunque me daba escalofríos el estar a su lado, pensaba que la boda podía convenirme Larry es el hombre más rico que hay en Villenoire y hasta en toda la zona contigua a Tucson. Pero un día ocurrió una cosa que yo no esperaba, porque las madres jamás nos damos cuenta de que nuestras hijas han dejado de ser unas niñas. Un día los ojos de sapo de Larry se posaron en ti de una forma especial. Debió pensar que, si compraba a la madre, igualmente podía comprar a la hija, y a partir de entonces… ¡Oh, Dios nunca hubiera llegado a imaginar una situación tan horrible! —La garganta de Nora pareció ir a romperse en un sollozo—. Ya que no podía líbrame de Larry, porque me prohibió salir de Villenoire, y sus pistoleros me hubieran matado, intenté por todos los medios hacer resucitar el amor que al principio dijo sentir por mí. Me daba asco…, pero… ¡tenía que hacer que te olvidase! Hubo un momento en que creí haberlo conseguido. Pero hoy me he dado cuenta de que todo es inútil, Iris…

Las lágrimas corrían por las mejillas de la muchacha. Ayudó a levantarse a su madre.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —sollozó—. ¿Qué es lo que podemos hacer?

—Sólo Conan podría salvarnos —dijo sordamente la madre.

—¿Conan? ¿Quién es Conan?

—Conan me pretendió en otro tiempo, hasta la llegada de Larry. Trabaja en un hotel de Tucson, como guardaespaldas. ¡Dios mío! ¡Si viniera! —dijo Nora, como aferrándose a su última esperanza—. ¡Si viniera!

Lo que menos podían suponer en aquel momento era que el hombre que iba a salvarles se dirigía a Tucson, y precisamente al hotel en que el tal Conan trabajaba.

CAPÍTULO IX

El hombre que se acercaba galopando por la llanura a lomos de un cansado caballo tenía un aspecto de vagabundo que hubiera hecho temblar a un ranchero rico. Lo único limpio que destacaba en él era su revólver, que brillaba con mil matices bajo los impactos de la luz del sol desviada por los farallones.

Bueno, también eran limpios y también brillaban sus ojos, pero eso no podían advertirlo a aquella distancia ni la mujer ni los dos ancianos que le cortaban el paso ante la calle principal y única de Villenoire.

En aquel momento uno de los viejos estaba diciendo a Coral que desviase su camino porque el pequeño villorrio llevaba trazas de convertirse en una sucursal del infierno.

Todos se volvieron con curiosidad al oír el resonar de los cascos del caballo sobre la tierra seca. Luego Coral giró otra vez la cabeza.

¿Qué le importaba a ella un vagabundo más de los que pululaban por todos los rincones de Arizona?

En aquel momento se oyeron dos disparos.

El forastero también los oyó.

Hizo más intenso el galope de su cansado caballo se acercó con rapidez al extraño grupo formado por la muchacha y los dos viejos.

Uno de éstos levantó también la mano.

—Más vale que se largue con viento fresco, forastero.

—¿Por qué? ¿Son ustedes los representantes del Comité de Salud Pública de esta importantísima ciudad de cuatro casas?

—No se ría de Villenoire, forastero. La gente que no tiene bastante con Tucson viene a divertirse aquí. Esto es lo peor que se haya imaginado, y algún día las arenas tragarán este maldito pedazo de tierra. Pero por el momento lárguese… ¡Lárguese!

El recién venido hizo una mueca.

Le sucedía como a Coral. Bastaba que le dijesen que debía largarse de un sitio para que hiciera precisamente todo lo contrario.

La muchacha le miró con curiosidad. Era, en verdad, un extraño tipo de hombre.

Fuerte como un toro, aparentaba, sin embargo, no encontrarse en su mejor momento. Diríase que un abatimiento más fuerte que sí mismo le dominaba. Una barba de varios días nublaba su rostro, y sobre sus ropas se había acumulado polvo de todas las procedencias: el polvo gris de los farallones, el rojizo de las tierras de labor, el blanco de las llanuras…

Los ojos de aquel hombre hablaban de una decisión inquebrantable, de algo que hizo que Coral se sintiera instintivamente ligada a él, aun sin saber ni siquiera su nombre.

El forastero decía en aquel momento:

—Miren, abuelitos, yo tengo prisa por llegar a Tucson la pista de diligencias pasa por aquí. Quiere eso decir que éste es el camino más recto y más corto para llegar a la capital. Déjenme en paz y dedíquense a entretener mujeres y a rascarse la tripa. Yo tengo cosas importantes en que pensar.

Uno de los viejos levantó la mano de nuevo.

—¿Es que no se da cuenta? Nosotros no podemos hacer nada, pero nos juramos que cuando Larry viniera aquí evitaríamos al menos el mayor número posible de víctimas. Por eso procuramos que nadie se acerque al saloon.

—¿Larry? ¿Quién es Larry?

—¿No lo ha oído nombrar nunca?

—Yo oí mencionar cierta vez a un tal Larry Bell, pero a ése lo ahorcaron en Abilene.

—No lo ahorcaron, amigo. Se trata del mismo tipo. Viene aquí de vez en cuando y entonces la población se hace peor aún. Ningún *sheriff* tiene autoridad aquí, y por eso…

El forastero no hizo un solo gesto.

Espoleó suavemente su cansado caballo y lo hizo trotar hacia el centro de la única calle de la ciudad.

Coral, de una forma instintiva, sin saber bien lo que hacía, le siguió.

Uno de los dos hombres intentó aún detenerlos.

—¡Al menos dígame cómo se llama usted, forastero!

—Me llamo Johnny, pero ese nombre no le dirá nada. En algunos sitios también me llaman El Jinete de Nebraska.

—¡Pues no se meta con Larry Bell! ¡Acaba de matar a dos hombres en el saloon a causa de una mujer!

Johnny movió la cabeza muy lentamente.

—¿Qué mujer?

—Una muchachita de apenas diecisiete años. Primero estuvo enamorado de la madre, pero parece que ahora ella ha pasado de moda.

La explicación no le gustó a Johnny.

Sus ojos rebrillaron peligrosamente durante algunos segundos y dirigió su caballo hacia el amarradero del saloon que el viejo mismo acababa de indicarle con un gesto de su barbilla.

Se apeó de él y lo amarró parsimoniosamente.

Luego entró en el local.

Éste era de categoría, pues la gente que venía a divertirse allí figuraba entre la más rica y despreocupada de Tucson. Casi en la puerta vio cruzados dos cadáveres, y en la barra un solo hombre.

Era un tipo bien vestido, alto, grueso, tranquilo, quien sostenía con la derecha un alto vaso de *whisky*.

Johnny se detuvo en el umbral.

El sol recortó su silueta, haciéndola penetrar hasta el fondo del saloon, de modo que tocó los pies del tipo que estaba en la barra.

Éste le miró con curiosidad.

Ni siquiera en una tierra tan perdida como Arizona abundaban los tipos como el que acababa de llegar: un pistolero-vagabundo, un fulano cuyos ojos parecían relucir presos de una extraña fiebre.

Johnny preguntó:

—Usted es Larry, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—Oí decir que había sido ahorcado en Abilene.

—¿Y qué?

—Mire, por donde, entonces tuve un alegrón.

Larry bebió un largo trago de un vaso de *whisky*.

—Pues ya ve: más alegrón tuve yo.

—He oído decir otras cosas de usted, Larry.

—¿Por ejemplo…?

—Que acaba de matar a dos hombres.

—Pues, cosa rara, esta vez le han dicho la verdad de mí. Si quiere pedirles confirmación a ellos mismos, ahí los tiene. Ellos le dirán con mucho gusto por qué acabo de apiolarles.

—Hay quien asegura que se trata de algo relacionado con una mujer, pero yo no puedo creerlo. Debe ser una calumnia.

—¿Y por qué ha de serlo?

—Porque un tipo tan guapo como usted no necesita matar a causa de las mujeres. Más bien da la sensación de que tendrá que esconderse de ellas.

Larry arrugó ligeramente la nariz.

Aquello ya no le parecía tan divertido como le había parecido al principio.

Suavemente, de una manera casi involuntaria, fue acercando la mano derecha hacia su «Colt».

—¿Por qué se está burlando?

—Es que he oído decir también que la mujer por la que ha pasado todo esto es apenas una muchachita.

—¿Y qué?

—Mire por donde he tenido un alegrón tan grande como el día que supe que lo habían ahorcado en Abilene, Larry.

—¿Por qué?

—¡Porque voy a matarle yo mismo!

La verdad fue que Larry se sorprendió.

Al principio había creído que aquel tipo se trataba de un borracho o de un loco, y no había tomado demasiado en serio sus palabras. Ahora se daba cuenta de que no era ninguna de las dos cosas, sino algo mucho peor: un tipo en cuyos ojos brillaba la llama de la muerte.

Era una llama que Larry Bell había visto brillar en los ojos de pocos hombres, entre ellos los suyos propios. Por eso la conocía.

El gesto con que acercaba la mano a su revólver se hizo más ostensible.

—¿Ha venido aquí a morir, forastero?

—Digamos que he venido a matar.

—¿Puedo saber al menos cuál es su nombre? No lo tome a curiosidad. En el fondo soy buen chico y siempre rezo por la gente a la que envío al otro barrio.

—Me llamo Johnny.

—Eso no me dice nada.

—También suelen llamarme El Jinete de Nebraska.

—Lo he oído nombrar. El Jinete de Nebraska es un perro de presa. Persigue por dinero a todos aquéllos a quienes los *sheriffs* no se atreven a perseguir. Pero no habrá venido por mí, ¿eh?

—No, por usted no, Larry.

—¿Entonces por qué no sigue su camino?

—Es que así adelanto trabajo. Hago horas extraordinarias. Si algún día me encargan buscarlo diré que lo he encontrado ya. Uno tiene que preocuparse del porvenir, amigo Larry.

—El tuyo va a durar muy poco, amigo Johnny.

A pesar de la palabra «amigo», ésta no engañó a nadie. Las últimas frases habían sido pronunciadas con acento tan venenoso que las escasas personas que se encontraban en el saloon supieron inmediatamente que pronto iba a hablar la muerte.

La voz humana había terminado.

Ahora sólo quedaba la voz metálica de los «Colt».

Los dos hombres estaban escasamente a unos siete pasos. Las balas tenían que ser mortales por necesidad a aquella distancia, y resultaba muy poco probable que alguno de los dos quedase con vida. Arqueados como gatos, con todos los nervios tensos, los dos hombres se miraron directamente a los ojos.

Fue Larry el que gritó:

—¡«Saca»!

Pareció como si Johnny se distrajera en el primer momento. Sencillamente, no «sacó», sino que lo que hizo fue echarse a un lado y dar la ventaja a su enemigo. Éste disparó una sola vez, pero no hizo más que empujar con su bala los batientes de la puerta. Cuando fue a apretar el gatillo de nuevo, Johnny, colocado ya en una posición distinta, le encañonaba férreamente. Un solo disparo bastó para que el proyectil perforase la frente de Larry Bell. Éste lanzó una especie de maullido casi cómico, soltó el revólver, se sujetó a la barra y resbaló lentamente, hasta quedar sentado en el suelo, como si viviese aún. Pero todos sabían que aquella bala era de las que no perdonaban. Estaba bien muerto.

Desde su nueva posición frente a la puerta, Johnny guardó el revólver lentamente.

Fue hacia la barra y bebió de un solo trago el vaso de *whisky* que poco antes había tenido en las manos su enemigo.

El dueño del saloon le miró con asombro.

—¿Pero qué hace?

—Hacía tiempo que no podía permitirme el lujo de beber en un vaso como éste. Y ya que nadie va a aprovecharlo…

Una voz soñó entonces desde la puerta:

—Yo le pagaré todos los que necesite.

Johnny miró hacia allí. La extraña muchacha a la que antes viera detenida a la entrada de la ciudad estaba contemplándole ante las puertas batientes. Sus ojos captaban la escena mitad con admiración, mitad con espanto.

—¿A qué viene eso? —susurró Johnny.

—Quiero decir que queda contratado.

—¿Para qué?

—Yo también me dirijo a Tucson.

—¿Y quién le ha dicho que yo necesite compañía? —preguntó despectivamente Johnny.

—Un hombre que no puede pagarse un vaso de licor siempre necesitará la compañía de una mujer que pueda comprar todas las bodegas del Sudoeste —dijo Coral, sin disimular un tono de orgullo en su voz.

Johnny preguntó con indiferencia:

—¿Y a qué va a Tucson?

—Busco a una mujer llamada Laura.

El nombre no dijo absolutamente nada a Johnny. Ni por un momento se le ocurrió pensar que aquello pudiera estar relacionado con la misión que le había llevado hasta la lejana Arizona, donde se encontraba ahora.

—Esa mujer llamada Laura tiene que ayudar a otra mujer llamada Sonia —aclaró Coral—, lo cual es un galimatías que supongo que usted no entenderá bien. Lo importante es que yo tengo que ayudarlas a las dos, y por eso me interesa muchísimo llegar cuanto antes a Tucson.

—¿Busca que la proteja?

Coral dijo que sí con la cabeza, dijo que necesitaba protección, pero en el fondo de sí misma algo decía que acababa de encontrar una cosa más importante, una cosa en la que de momento no

llegaba ni a creer.

—De acuerdo. Haremos el camino juntos hasta Tucson —accedió Johnny—. Pero una vez allí no me comprometo a nada más.

Ella volvió a afirmar con la cabeza.

Ninguno de los dos sabía que buscaban a las mismas personas. Ni lo sospechaban siquiera.

CAPÍTULO X

—¿De veras no le da miedo viajar con un tipo como yo? —preguntó Johnny suavemente.

Estaban ya muy cerca de Tucson, después de algunas horas de viaje llevadas a trote corto. La verdad era que hasta entonces apenas habían cambiado una sola palabra. Ahora, al oírle hablar, la muchacha le miró con cierta curiosidad, como si le viese por primera vez.

—¿Por qué había de darme miedo?

—No sé… Parece usted una señorita.

—Y usted un granuja, ¿no?

—La verdad es que lo parezco. Nunca me he preocupado de negarlo.

La muchacha volvió la cabeza pensativamente.

—Tampoco yo sé si soy una señorita de verdad… Mi padre se preocupó de que lo fuera, desde luego. Me educó bien y me introdujo en el ambiente de los negocios del Banco, a pesar de que tengo otros hermanos que pueden sustituir perfectamente a papá en todos los asuntos. Pero a mí nunca me ha gustado aquello. Tengo dentro de mí una extraña ansia de libertad, una ilusión que no se colma en los despachos cerrados ni contando billetes de los que ocultamos en las cajas de caudales… No sé cómo explicárselo. Es igual que si en estos momentos viviese por primera vez.

Él no contestó.

Parecía sumido en sus pensamientos, e incluso en cierto modo daba la sensación de que no había oído las últimas palabras de Coral.

Ésta preguntó al cabo de unos segundos:

—¿Está usted casado, Johnny?

Las facciones de Johnny se alteraron un momento. Palidecieron.

De repente preguntó con rudeza lo que Coral menos esperaba:

—¿A usted qué le importa?

—Lo siento… No volveré a hablar de eso con usted. ¿Pero qué le ha ocurrido?

—Nada.

—Está tan alterado…

—¡Le he dicho que nada!

Coral volvió la cabeza bruscamente.

De pronto aquel hombre le había parecido distinto. Resolvió no volver a hablarle, puesto que además se acercaban a su destino.

Estaban llegando a Tucson.

La violenta ciudad apareció ante sus ojos como un remanso tranquilo de casas bajas y campanarios apacibles. Al menos había dos iglesias allí, lo cual parecía ser una excelente señal. No se oía tampoco ningún sonido, lo cual era otro estupendo indicio de ciudad tranquila.

Pero Johnny no se dejó engañar.

Cuando se acercaban a la calle principal dijo en voz baja:

—¿Va a estar mucho tiempo aquí?

—¿Por qué?

—No es un buen sitio para una mujer sola.

—Eso ya lo sé.

—Bueno, está advertida…

Ella volvió bruscamente la cabeza.

—Permaneceré en Tucson el tiempo que me convenga, aunque probablemente será pocos días. Ya le he dicho que busco a una mujer llamada Sonia, y lo que tarde en encontrarla será el tiempo que voy a permanecer en Tucson. Esa tal Sonia escribió una carta a una hermana suya que es mi secretaria.

—¿Ah, sí? —preguntó Johnny sin interés, más bien para no parecer desabrido del todo.

—Sonia tiene un hijo que debe ser operado inmediatamente, y para eso necesitan dinero.

—¿Usted lo trae?

—Sí.

—Pues ha hecho un viaje bien expuesto, amiga mía… Ni usted misma se da cuenta de los peligros que ha corrido.

—Bueno, eso no importa ya… El caso es que voy a dar el dinero a esa mujer. El padre del niño se metió en un mal paso precisamente por esa causa, porque necesitaba dinero. Ayudó a los asaltantes de un Banco, y murió un cajero sin que él consiguiese nada.

Los nervios de Johnny, que estaban relajados por primera vez en muchos días, se tensaron de repente.

Su boca dibujó una mueca, aunque Coral no llegó a advertirlo.

Excitó su caballo, hasta colocarlo al mismo nivel que el de la muchacha.

—¿Por casualidad sabe el nombre del marido de esa mujer?

—Pues… no sé exactamente, aunque se lo oí pronunciar una vez a mi secretaria.

—Trate de recordar.

—¿Es que eso le afecta en algo, Johnny?

—No… Lo que ocurre es que lo relaciono con una vieja historia. Me interesa por simple curiosidad.

—Pues… —La muchacha trató de recordar—. Ah, sí… El marido de esa mujer, de Sonia, se llama Turner.

Los ojos de Johnny se cerraron un momento.

Diablos, no podía creer que fuera cierto aquello. No podía creer en su suerte.

Ya se había resignado a una búsqueda que sin duda duraría meses a lo largo y a lo ancho del Oeste. Ya se había acostumbrado a la idea de no dar con Turner en mucho tiempo, porque Turner era un viejo zorro escurridizo. Y he aquí que, de pronto, la suerte le ponía ante él. ¡Aquella muchacha casi desconocida le iba a llevar hasta Turner mismo!

Para dominar su excitación dijo, mientras se acercaban a la primera hilera de casas:

—Cuando vuelva a Villenoire, si es que pasa por allí, deje algo de dinero para aquellas dos mujeres. Puede que lo necesiten para largarse de esta zona maldita.

Ella dijo, sin dar importancia a sus palabras:

—Ya lo he hecho.

—¿Les dejó algo? ¿Cuándo?

—Antes de salir. Usted no se dio cuenta. Me alegró mucho que usted las salvara, Johnny, pero también pensé que ahí no había

acabado todo. Esas dos mujeres necesitaban ayuda para marchar de esta zona condenada, para rehacer su vida en otro sitio.

—Es usted magnífica —dijo Johnny, con sincera admiración—, pero a este paso se va a quedar sin un dólar.

—No importa. Ciertamente no soy tan tonta como para negar su valor al dinero, pero también me he dado cuenta de que demasiados dólares impiden vivir como Dios manda.

—No hay mucha gente que piense así.

—Yo pienso, y eso basta.

Johnny dijo con convicción, pero casi sin darse cuenta:

—Es usted admirable.

Lamentaba que Coral fuese tan bonita, tan tentadora, porque turbaba sus pensamientos. Se había jurado no volver a interesarse por otra mujer. Y lo había conseguido durante cuatro años, durante cinco, pero ahora todo vacilaba.

Todo.

Era como si la simple visión de Coral le estuviese diciendo que su existencia aún no había terminado, que aún necesitaba amar para vivir.

Pero cortó aquellos pensamientos como se corta una tela con una navaja. Además, estaban entrando ya en la calle principal de Tucson.

La presencia de una mujer tan bonita como Coral despertaba allí curiosidad, aunque nadie se metió con ella. Quizá era el respeto que infundía el aspecto de Johnny, o es que quizá Tucson se había convertido en una ciudad más pacífica de lo que fue antes.

Ella detuvo su caballo ante un hotel más bien viejo y un poco hecho cisco, pero que tenía un nombre flamante: El Imperial.

—Creo que ella está aquí —dijo.

—¿Quién? ¿Laura, su secretaria?

—Justo.

—Muy bien; entonces aquí termina nuestro trato, Coral. La he acompañado hasta Tucson y está usted a salvo. Ya le he dicho que a partir de este momento nos separaríamos.

Le tendió la mano, y ella la estrechó mirándole directamente al fondo de los ojos.

Por un momento Johnny sintió algo que no quería sentir.

Quizá ella también, y por eso tuvo un estremecimiento.

Pero en seguida sus manos se separaron. El tono de la voz de Coral volvió a ser natural cuando dijo:

—Debería pagarle por su servicio. ¿No acepta?

—No.

—Sin embargo, tengo la sensación de que usted necesita dinero. No se ofenda, pero creo que así es.

—En todo caso es asunto mío. No piense más en eso.

Coral insistió:

—Se lo ruego, Johnny…

—Buenos días.

Él había hecho girar bruscamente su caballo. La muchacha le miró durante irnos segundos, con expresión indescifrable, y al final se apeó del caballo, amarrándolo frente al hotel.

Cuando volvió de nuevo la cabeza, ya no vio a Johnny.

Éste parecía haberse evaporado.

«Nunca he visto a un tipo tan extraño… —susurró—. Tiene algo que… Bueno, será mejor que no piense más en él».

Entró en el hotel.

* * *

Mientras tanto Johnny no había perdido el tiempo.

Sabía que tenía una oportunidad única, excepcional, para cazar a Turner. Esta vez le había acompañado la suerte y no iba a desperdiciarla.

Desde la esquina que acababa de doblar con su caballo, se movió con rapidez.

Lo amarró junto a la pared lateral de un alto edificio de tres pisos, pulcramente pintado de blanco, y luego salió de nuevo a la calle principal, cruzándola.

No penetró en el hotel.

Fue a la parte posterior del mismo y, una vez llegado allí, miró en torno suyo. Excepcionalmente no se veía a nadie. Daba la sensación de que Tucson era una ciudad abandonada.

Johnny tampoco vaciló ni un segundo.

Había visto una ventana abierta en el segundo piso. Se colgó del porche, hizo un par de movimientos de péndulo y saltó velozmente a la terraza que había sobre éste. Desde allí fue un juego de niños penetrar por la ventana abierta.

Se encontró en un pasillo, junto a un armario que ocasionalmente le sirvió también de magnífico escondite.

En el pasillo había varias puertas, correspondientes a otros tantos dormitorios. Por un extremo de éste vio avanzar a Coral, que sin duda llegaba entonces a su destino.

Pegado a la pared, Johnny la espió.

Vio que ella penetraba en la habitación número nueve, y entonces se deslizó silenciosamente tras sus pasos.

Lo sentía por Turner, pero ya se había reído de él una vez por ser demasiado humanitario.

No se reiría dos veces.

CAPÍTULO XI

Johnny empujó la puerta.

En su mano derecha brillaba el revólver, pero con mucha más precisión y con un fulgor más intenso aún brillaban sus ojos grises.

Dentro de la habitación había dos personas.

Las dos se quedaron atónitas, como petrificadas al verle.

Con una de aquellas dos personas ya contaba Johnny, puesto que acababa de verla entrar.

La otra era Turner.

Turner tenía un aspecto más bien abatido, aunque seguía siendo un hombre joven, fuerte y peligroso. Parecía haber sufrido una gran sorpresa al ver entrar allí a Coral, pero su sorpresa fue mucho mayor —y desde luego más desagradable—, al ver entrar allí a Johnny.

Su derecha fue instintivamente hacia el revólver que descansaba en la mesita central de la habitación, pero Johnny se lo impidió con un suave movimiento.

—Quieto, amigo.

Coral también estaba como petrificada.

—¿Qué… qué significa esto? —balbució—. ¿Qué es lo que hace usted aquí, Johnny?

—Yo buscaba a este hombre.

—Entonces cuando me ha interrogado ha sido para… para…

—Lo siento, muchacha; no he tenido más remedio que obrar así. Y no pienso correr riesgos con Turner ahora.

Entró del todo en la habitación, sin dejar de encañonar al interior, y cerró a su espalda.

Dentro de la pieza reinaba ahora un espantoso silencio.

Los ojos de Coral brillaban de indignación, y los de Turner de

tristeza. En sus sienes habían aparecido unas gotitas de sudor helado.

—Los dos junto a la pared.

Coral le miró como si no hubiese oído bien.

—¿Los dos?

—¡Usted también!

—¡Oiga, pedazo de granuja, le aseguro que…!

—¡He dicho que usted también!

Nunca a Coral le habían hablado de aquel modo. Bruscamente pareció como si fuese a quedar sin respiración. Tragó con esfuerzo su propio aliento y al fin se volvió, caminando hacia la pared, donde quedó inmóvil y con las manos ligeramente alzadas.

—¿Así?

—Así está bien.

Turner la había imitado, pero Turner no hacía preguntas. Bruscamente el mundo entero parecía haberse desmoronado en torno suyo. Alzó los brazos del todo para que Johnny se diera cuenta de que no llevaba armas.

El revólver de la mesa seguía estando, sin embargo, demasiado cerca de él. Johnny se aproximó y lo levantó con dos dedos de la mano izquierda, remetiéndolo luego entre su pantalón y su camisa.

—¿Cómo has dado conmigo? —preguntó al fin Turner.

—Creías haberme despistado para siempre, ¿verdad?

—Pensé que… tardarías al menos un par de meses en encontrarme. La verdad es que luego ya no me importaba.

—Pues ya ves que no he tardado ni siquiera dos semanas.

—¿Vas a llevarme a Kansas City?

—¿Tú qué crees, pichón?

—Al menos permitirás que me despida de mi mujer…

—Ya te «despediste» una vez. ¿No recuerdas?

Turner se mordió el labio inferior.

Se hizo sangre en él, pero no se dio cuenta. En sus ojos se acentuó la nube de tristeza.

—Johnny, en el fondo tú y yo somos iguales…

—¿Sí?

—Sí; los dos vagamos por el Oeste con la misma angustia clavada en el corazón. No sé cuál es la tuya, pero en cambio la mía la conozco perfectamente. Si tú quisieras tardar en sacarme de aquí

una hora, una miserable hora solamente…

—Ni un miserable minuto, Turner. Ya me engañaste una vez, y lo que ocurrió no volverá a suceder.

Turner abatió la cabeza.

—Lo comprendo; sé cuándo toca perder.

—Pues si lo sabes ponte en movimiento. No voy a darte más allá de cinco minutos para que te equipes del todo y estés dispuesto a viajar. Te juro que no vas a apearte del caballo hasta que lleguemos a Kansas City.

Coral le interrumpió.

—¡Yo he venido a hablar con la esposa de este hombre y no se lo va a llevar hasta que hayamos hablado, Johnny!

—Su esposa se queda —dijo Johnny suavemente—. Yo no tengo nada contra ella, aunque si analizáramos sus actos también debería responder ante la ley. Puede hablar con Sonia todo lo que le plazca.

—Pero es que… ¡es que él tiene que estar delante! ¡Se trata de su hijo! ¡Le hablé de eso mientras veníamos hacia Tucson, sin saber que era éste el hombre al que andaba buscando!

—En el camino de Tucson yo no oí nada —dijo tercamente Johnny—. Hacía mucho viento.

Coral escupió una sola palabra, pero puso en ella toda su alma:

—¡Miserable!

El insulto pareció resbalar sobre la piel de Johnny, que ni siquiera se sintió afectado.

Volvió sus ojos hacia Turner, a pesar de que ni un momento había dejado de tenerlo bajo el control de su revólver.

—¿Qué necesitas para emprender el viaje?

—Sólo mi chaleco y mi cazadora de piel. Los tengo ahí.

—¿Y mi caballo? ¿Qué ha sido de mi caballo? —preguntó bruscamente Johnny—. ¿Al menos lo has tratado bien?

—Lo tengo en una de las cuadras públicas de la ciudad. Puedo garantizarte que tu caballo come mejor que yo.

—De acuerdo. Iremos a buscarlo, y el que me ha traído hasta aquí vendrá como animal de reserva.

Turner parecía resignado del todo. Parecía haberse hundido definitivamente otra vez, como cuando Johnny le conoció en la sombría cárcel de Silver City. Fue hacia una de las paredes, en la que había una percha, y descolgó su sombrero y una vieja cazadora

de piel.

Se puso ambas prendas silenciosamente, mientras Coral guardaba un dramático silencio.

—Estoy a tu disposición —dijo al fin.

Johnny le indicó la puerta con un seco movimiento de su revólver, y en ese momento la puerta se abrió.

Los ojos de todos los que estaban en la habitación se dilataron de asombro, mientras de sus labios estaba a punto de brotar un grito.

CAPÍTULO XII

En el umbral acababan de aparecer tres hombres.

Johnny había esperado ver allí a Sonia, la mujer a la que conociera en el interior del ataúd, cuando a él le engañaron en Saint James. Pero en lugar de eso aparecían aquellos tres desconocidos.

¿Desconocidos?

Una lucecita pareció encenderse de repente en el fondo de la memoria de Johnny. Él tenía grabados en ella los rostros desdibujados en casi todos los pasquines que aparecían en las paredes de la Unión, y aquellas facciones las había visto antes en alguna parte.

Los tres hombres entraron como un solo bloque. En sus manos brillaban los revólveres.

—¿Podemos, pasar? —preguntaron, cuando ya estaban dentro.

Turner los miró con estupor. Coral, que no los conocía, parecía estar completamente anonadada, sin saber qué hacer.

En cuanto a Johnny, intentaba precisar sus recuerdos, y de pronto estos recuerdos se hicieron concretos como una fotografía. Él conocía a aquellos tres tipos por haberlos visto reclamados. Eran Fulton, Ted y Stocker, primero salteadores de trenes y luego salteadores de Bancos, porque los trenes ya se habían hecho demasiado rápidos para ellos. Si estaban allí era sencillamente porque…

Fue Stocker quien lo dijo:

—¿No sospechabas que nosotros fuéramos los amigos de Turner?

—¿Vosotros participasteis en el asalto al Banco por el cual está reclamado?

—Ujú. ¿No te lo habían advertido?

—El *sheriff* Ezequiel, de Silver City, me advirtió que

probablemente sería atacado por el resto de la cuadrilla, para evitar que Turner llegase a Kansas City. Pero la verdad es que ya había llegado a olvidarme de eso, no tengo inconveniente en confesarlo —dijo con abatimiento.

—Pues siento que tengas tan mala memoria, amigo. Lo vas a lamentar.

Los tres hombres, situados en el centro de la pieza, dominaban con sus revólveres todo el perímetro de ésta.

Johnny se dio cuenta de que era imposible lograr nada, de que no valía la pena ni siquiera intentarlo.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —susurró, intentando desesperadamente ganar algo de tiempo.

—Hemos entrado por el mismo sitio que tú.

—Diablos… Debo haber perdido facultades —reconoció Johnny—. Yo creí que no me veía nadie.

—Estábamos muy bien ocultos en la cuadra, desde uno de cuyos ventanucos se domina toda la parte trasera del hotel.

—El conserje puede sospechar que estáis aquí y…

—Nanay, hermanito. Ni el conserje nos ha visto ni sospechará nada hasta que empiece a oír disparos. Pero cuando las pistolas hablen, ya será demasiado tarde para ti… y seguramente para él, así como para Conan, su guardaespaldas.

Johnny comprendió que intentar ganar tiempo era inútil. Que sólo un milagro podía hacer cambiar la situación.

—Vais a llevaros a Turner, ¿no es cierto?

—¿Tú qué crees?

Johnny comprendió que lo había perdido todo. Su terrible esfuerzo, su cabalgada infernal desde Silver City no había servido absolutamente para nada. Ahora Turner se le escaparía, y esta vez iba a ser para siempre.

Un terrible desaliento se reflejó al mirar al rostro del que ya consideraba su seguro prisionero. Un desaliento que le hizo incluso vacilar, como si ya no tuviera fuerzas.

Las facciones de Turner no reflejaban la menor emoción. Estaban impasibles, como talladas en piedra.

Stocker ordenó:

—Ven aquí.

Turner obedeció, colocándose entre sus tres ex compañeros,

quienes seguían dominando todos los ángulos con sus revólveres.

—Siento que te escapes, Turner —dijo Johnny en voz baja—. Juré que te llevaría a Kansas City e hice de eso el objeto de mi vida. Lamento haber fracasado. Lo lamento… por muchos motivos.

Turner no contestó.

Dio la sensación de que el grupo —formado ahora por cuatro hombres— se dirigía hacia la puerta.

Y en ese momento Stocker alzó el revólver.

Hizo algo que Johnny no creía, algo que en el primer momento le pareció una alucinación.

La culata se abatió dos veces sobre la nuca de Turner.

Éste lanzó un ronco gemido, en parte de dolor y en parte de sorpresa, y cayó de rodillas.

Fulton, Ted y Stocker volvieron sus revólveres hacia él. En sus ojos se leía un frío deseo de matar.

¡Iban a acribillarle!

Johnny tuvo la sensación de que el mundo entero giraba al revés, de que jamás comprendería aquello.

* * *

¿Por qué aquellos tipos habían venido a buscar a Turner y corrían peligro para arrancarlo de sus manos, si luego iban a matarlo?

¿No hubiera sido mejor, en tal caso, dejar que él lo llevara a Kansas City para ser juzgado?

A menos que…

Pero Johnny ya no tenía tiempo para pensar. Se daba cuenta de que los acontecimientos estaban precipitándose.

¡Los tres forajidos iban a disparar!

Johnny aprovechó el instante en que estaban pendientes de su víctima, el instante en que apuntaban solamente a Turner.

Con una rapidez increíble, levantó con la mano izquierda la mesita central que tenía casi junto a él, mientras su derecha volaba al encuentro del «Colt», del que no le habían despojado aún.

Los tres pistoleros recibieron el impacto de la mesa antes de darse exacta cuenta de lo que sucedía. Los tres desviaron al mismo tiempo la dirección de sus revólveres, pero Turner también se movió.

Con ambas piernas golpeó a los tres forajidos, mientras Johnny disparaba rabiosamente desde cuatro pasos de distancia.

Las balas fueron mortales. Ninguno de los forajidos sobrevivió a aquella salvaje embestida de plomo.

Fulton recibió el impacto en la garganta, lanzó una especie de balido y cayó hacia atrás, estrellándose contra la puerta.

Ted fue alcanzado en el corazón y siguió exactamente el mismo camino que su compañero. Esta vez la puerta no pudo resistir el segundo impacto y cayó al pasillo estruendosamente.

Stocker fue alcanzado en el brazo derecho y soltó el revólver como si quemara. Un segundo plomo le alcanzó en el hígado, y entonces el pistolero se derrumbó lentamente. Quiso recuperar su arma en un último y desesperado esfuerzo, y cuando ya la tenía entre los dedos se convulsionó todo su cuerpo.

Con un último estertor quedó de bruces, con la mirada clavada en el brillo mate del revólver.

Turner intentó entonces una maniobra.

La puerta había sido derribada, y el corredor aparecía libre de momento. Saltó.

Su deseo era llegar hasta la ventana y lanzarse por ella, convencido de que no sufriría demasiado daño, pero Johnny no le dejó.

Bruscamente la mesa que había sido lanzada contra los tres pistoleros apareció ante él. No se dio cuenta de que Johnny había vuelto a lanzarla precisamente para que tropezara.

Se hizo un lío con ella, dio casi dos vueltas de campana y de pronto, no supo cómo, se encontró en pie, aunque en equilibrio inestable. Johnny estaba ante él.

Turner trató de cubrirse, pero no llegó a tiempo. Medio aturdido como estaba aún por los dos culatazos, el gancho de Johnny al mentón lo envió a la región de los sueños.

Su vencedor lo sujetó por el cuello de la cazadora y lo arrastró al interior de la habitación, donde Coral aún seguía como petrificada, sin saber qué hacer ni qué pensar.

En aquel momento dos hombres subían presurosamente por las escaleras. Eran el conserje y Conan, uno de los matones del hotel. Llegaban más amarillos que un plato de crema, pese a que el matón era fuerte como un bisonte.

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí? —aulló el matón.

Johnny dijo tranquilamente:

—Llame al *sheriff*.

—¿Pero qué significan todos estos muertos?

—Han caído desde el techo. ¡Vaya a avisar al *sheriff*, diablos!

El conserje y Conan obedecieron. Al fin y al cabo, lo que les pedía Johnny era lógico. Cuando volvieron, tres minutos después, en compañía del representante de la Ley, habían recuperado el color un poco.

—¿Qué significa esto? —masculló el *sheriff*.

—Ya lo ve, polizonte. Huéspedes del hotel que querían largarse sin pagar la cuenta.

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Johnny.

El *sheriff* le miró con más atención, analizando uno por uno todos los detalles de su rostro.

—A usted le he visto en algún sitio. Quizá su carota apareció dibujada en cualquier periodicucho alguna vez. ¿No le llaman también El Jinete de Nebraska?

—Sí.

—¿A quién ha venido a llevarse?

—A Turner. Es este tipo que está sin sentido en el suelo.

—A ver, justifique que tiene derecho a hacerlo.

Johnny miró a Turner, quien empezaba a recuperar el conocimiento. El tipo aquél parecía estar fabricado con roca. Quizá nunca había visto Johnny a nadie aguantar tantos golpes en menos tiempo. ¡Y cuando Turner empezó a ponerse en pie parecía tan fresco!

—¿Dónde tienes los caballos, Turner? —preguntó Johnny—. ¿En qué cuadra pública los custodian?

—En una que está a diez pasos del hotel, a mano derecha.

—La de Sam —anticipó el *sheriff*.

—¿Siguen en la silla los documentos y el dinero que me dio el *sheriff* de Silver City?

—¿Qué documentos? ¿Qué dinero?

Por la expresión desorientada de Turner, Johnny se dio cuenta de que su prisionero ni siquiera se había dado cuenta de aquella circunstancia, cuando estaban a punto de partir de Silver City. Y,

obsesionado con su huida, tampoco habría revisado a fondo la pequeña bolsa de la silla, donde había unas balas, los documentos y el dinero.

—Envíe a un agente, *sheriff* —rogó Johnny— y pregunte qué caballos son los que hizo custodiar este hombre. Una de las sillas tiene una pequeña bolsa con balas. Debajo de ellas encontrará unos billetes y una carta en que el *sheriff* de Silver City ruega me ayuden todos los colegas que encuentre en mi camino. Ese ruego sirve también para usted, polizonte.

El *sheriff* lanzó un gruñido, no sabiendo bien qué hacer.

Pero al fin envió al propio matón del hotel, el cual salió como si le persiguiese una estampida.

Mientras esperaba a que volviese, el *sheriff* examinó los tres muertos, dando vueltas en torno a ellos y mirándolos con el mismo recelo que si fuesen seres de otro planeta.

—Los conozco —gruñó al fin—. Eran Fulton, Ted y Stocker, tres buenas piezas. Se les reclamaba por asalto a Bancos en muchas localidades, y si los ha matado usted ha hecho un favor a Tucson, amigo.

—No era mi intención matarles, pero se han puesto delante de una manera descarada. ¿Y uno qué va a hacer, cuando el revólver se pone a dispararse solo?

—Diga más bien que me ha salvado la vida, *sheriff* —murmuró Turner, hablando por segunda vez—. Lo ha hecho para que me ahorquen en Kansas City, pero al fin y al cabo, si en este momento sigo vivo es gracias a él.

—¿Tú no eres Turner? —preguntó el *sheriff* de pronto.

—Sí.

—¿No habías actuado con esos granujas?

—Sí… Una vez.

—¿Y por qué querían matarte?

—Nadie lo creerá, *sheriff*, pero no deseaban que yo llegase vivo a Kansas City. Sería sometido a juicio y el fiscal querría conocer toda la verdad sobre el asalto al Banco. Mis declaraciones podían haber perjudicado mucho a esos tres hombres, que de momento aparecían como inocentes. Piense que se les perseguía por muchos delitos, pero éste era el único por el cual iban a ser condenados a muerte con toda seguridad.

El de la estrella levantó la cabeza para mirar a Johnny.

—Es posible que sea verdad lo que dice este hombre.

—Entonces, si es verdad, Turner resultaría casi inocente, ¿o me equivoco? Es posible que les ayudara en alguna tarea secundaria, por ejemplo, vigilar el Banco desde fuera mientras ellos cometían el asalto. Es lo corriente. Un pobre desdichado, que ni siquiera sabe a ciencia cierta lo que va a ocurrir, pero a quien han asegurado que no se derramará sangre, es el único que presenta la cara ante los transeúntes, el único que se hace visible, mientras los auténticos jefes escapan con el botín por cualquier puerta trasera. ¿Cree usted eso, Johnny?

Las facciones del hombre parecían talladas en piedra.

Ni siquiera se inmutó cuando dijo:

—Yo no tengo que decir eso, *sheriff*. Yo le llevaré a Kansas City para que sea juzgado… y lo haré en este mismo instante. No vacilaré.

CAPÍTULO XIII

En aquel momento volvió Conan, el matón del hotel. Llevaba sobre sus hombros una silla de montar y sudaba copiosamente.

—Aquí debe estar lo que buscaban, *sheriff* —dijo, depositando la silla en el suelo con un bufido.

Johnny introdujo la mano en la pequeña bolsa de cuero. Notó en seguida que no había sido tocada, lo cual indicaba que Turner no había pensado sino en huir. En cierto modo le dio lástima, pero no quiso dejar que aquel sentimiento le dominase.

Extrajo unas cuantas balas, cinco billetes de a cien dólares y dos cartas, una de las cuales tendió al representante de la ley en Tucson. Éste la leyó con atención.

—No me cabe la menor duda de que debo prestarle mi colaboración —dijo con voz suave—. Está bien; llévese a su prisionero. ¿Quiere que le acompañe hasta los límites del condado alguno de mis hombres? Sin duda se sentiría más seguro.

—No es necesario, *sheriff*.

Turner no hacía nada por resistirse. Parecía tan abatido como si estuviera ya al pie de la horca.

—¿No quieres despedirte de tu mujer? —susurró Johnny.

—¿Te burlas?

—No, no me burlo. Esta vez te dejo que lo hagas porque sé que no puede haber trampa. Despídete de ella ya que seguramente no la volverás a ver.

Turner dijo con un soplo de voz:

—Mi mujer, Sonia, está con mi hijo. Nunca un pobre niño ha necesitado tanto cariño como él necesita; y nosotros se lo damos, puesto que es lo único que podemos darle. Pero si ahora él me viese sería peor… Luego preguntaría por mí… y sería horrible.

Él mismo puso las manos a la espalda, para que Johnny las atase. Éste lo hizo concienzudamente, valiéndose del propio cinturón de Turner.

Ambos salieron de la habitación, y sólo cuando ya estaban en la calle pareció Coral despertar de su extraño éxtasis.

Sólo entonces pareció darse cuenta de lo que ocurría y, lanzando un grito, corrió tras ellos.

Capítulo XIV

Conan aspiró aire violentamente al verla salir, y su poderoso pecho se infló como un balón, mientras se marcaban los tendones en su cuello de toro.

—¿Adónde va, señorita? —preguntó, cruzándose en la puerta.

—¡Tengo que decir algo a ese hombre!

—Pues habérselo dicho antes.

—¡Déjeme pasar!

—Ni hablar. Él es un comisionado de la ley. No se puede interrumpir su camino con tonterías. —Y añadió enfáticamente—: Porque las mujeres no dicen más que tonterías.

—Eso cree, ¿eh?

—Si lo sabré yo. En Villenoire hay una mujer que dijo que no quería casarse conmigo, que prefería hacerlo con un tal Larry. ¿Ha visto u oído tontería semejante?

Coral dijo con un soplo de voz, deseando únicamente que él la dejase salir de una vez:

—Larry ha muerto.

—¿Qué… qué dice?

—¡Digo que ese tal Larry ha muerto! ¿Es que no me ha entendido bien? ¿Quiere que se lo explique en chino?

Los ojos de Conan se iluminaron. Debía ser un hombre honrado, pero no demasiado listo. Para comprenderlo bastaba ver la ilusión que brilló un momento en sus ojos; una auténtica ilusión de niño.

—¡Repita eso de que Larry ha muerto!

—¡Claro que lo repito! ¡Él lo mató! —gritó Coral—. ¡Él, ese hombre a quien llaman El Jinete de Nebraska! ¡Y si no se da prisa en detenerlo, matará también a esa mujer que usted dice!

En realidad, la muchacha no dio ninguna importancia a tal frase.

Lo único que quería era que aquel bruto pensase en otra cosa y la dejara en paz de una vez. No se dio cuenta de que en el reducido cerebro de aquel hombre acababa de encenderse la llamita de una idea homicida.

Creyó de verdad que Johnny era capaz de matar, o quizá llevarse con él a la fuerza, a la mujer que hasta entonces había estado disputándose con aquel granuja de Larry, cediéndole al fin la iniciativa porque Larry tenía mucho más dinero.

Pero Coral consiguió lo que quería. Aquella especie de bisonte la soltó, quedándose detenido en la puerta como una estatua de piedra a la que hubieran cortado los brazos.

La muchacha salió rápidamente a la calle.

Su caballo estaba amarrado, como lo dejara antes, pero hacía movimientos extraños con una pata.

Al ir a montarlo, el *sheriff*, que había descendido tras ella, la detuvo con un gesto.

—No lo haga. Ese animal la tumbará.

—¿Por qué?

—¿No se da cuenta de que ha debido clavarse alguna punta en un casco? Los movimientos que hace son por eso. No le obligará a dar un paso a derechas hasta que alguien se lo arranque, y aun así será mejor que luego lo deje descansar un poco.

—Entonces deberé llevarme otro caballo, ¿no?

—Será lo más aconsejable.

—¿Dónde puedo conseguirlo?

—En esa cuadra pública que ve a la derecha. Deje el suyo para que lo curen y luego ya devolverá el que le presten.

La muchacha vio salir a Conan bufando, como si le persiguiese una manada de bisontes, pero no relacionó en modo alguno aquella salida violenta con lo que ella acababa de decirle.

No podía concebir que aquella especie de honrado bruto hubiese montado toda una tragedia con sólo las palabras que ella le acababa de decir.

Fue hacia la cuadra pública, acompañada del *sheriff*, y llevando de la brida a su renqueante corcel. El dueño de la cuadra la miró dubitativamente y luego dijo:

—Está bien, podré darle otro, pero tendrá que esperar unos momentos.

—¡Tengo mucha prisa! ¡He de alcanzar a un hombre antes de que sea demasiado tarde!

—Los caballos están bebiendo ahora. No querrá llevarse un caballo muerto, ¿verdad? Déjeles beber tranquilos, al menos.

Coral, a pesar de su impaciencia, no tuvo más remedio que resignarse a esperar. Pese a su escasa experiencia, sabía que los caballos tienen sus horas.

Cinco minutos después, colocaron la silla del suyo en los lomos del que ella había elegido, y la muchacha pudo salir al galope.

Pero ya Johnny y su prisionero le llevaban una buena ventaja, lo mismo que Conan, quien había salido disparado como alma que lleva el diablo.

Coral tuvo el presentimiento de que llegaría demasiado tarde.

* * *

Al alcanzar los límites de Villenoire, Johnny miró un momento a Turner, quien galopaba a su lado con las manos atadas.

—A partir de aquí vamos a recorrer millas y millas sin ver un nuevo poblado —dijo.

—Lo sé. ¿Y qué?

—Te doy la oportunidad de beber un trago. Un solo trago para que el camino no se te haga tan pesado.

Turner balbució, señalando con el mentón hacia su espalda:

—¿Así?

—Te desataré… sólo por unos momentos.

—¿Es que no te da miedo que intente escaparme?

—Serías tú el primero en lamentarlo, Turner. Ahora ya no me engañarás como la otra vez, y tiraré a matar al menor movimiento sospechoso. Además, no creo que nadie te ayude en Villenoire. Durante el día, ésta es una ciudad muy tranquila.

Turner susurró:

—Gracias.

No lo dijo con ironía, sino con toda el alma.

En aquel momento, como colofón a lo que Johnny había dicho de que durante el día Villenoire era una ciudad tranquila, vieron salir de ella dos entierros sencillos y uno más pomposo. Casi toda la población los seguía. Era una población muy reducida, pues se limitaba a las personas que durante el día cuidaban los

establecimientos de diversión, por lo general sin clientela hasta la noche.

Durante una hora al menos, la pequeña ciudad del vicio, quedaría prácticamente desierta.

Johnny pensó en voz alta:

—Un entierro debe ser el de Larry, y los otros los de los jóvenes a quienes mató. Veo que en esta ciudad se dan prisa en desembarazarse de los muertos.

—Es que hace calor…

Como un mudo comentario a las palabras de Turner, un abejorro empezó a zumbar en torno a las cabezas de los dos hombres, con una calma tan apacible que, sin darse cuenta, los dos sintieron relajarse la tensión insoportable de sus nervios.

No se dieron cuenta de que, mientras estaban parados, se les observaba desde dos ángulos distintos.

Por un lado, Conan, en cuyo estrecho cerebro anidaba la sospecha de que Johnny iba a intentar algo contra la mujer que él quería, les miraba desde una milla de distancia, mientras hacía que su caballo se acercara a un trote suave, sin levantar apenas polvo.

El hecho de que se hubieran detenido allí le parecía altamente significativo.

Sus cejas se habían arqueado, mientras su derecha rozaba amenazadoramente el revólver.

* * *

Desde la izquierda, ocultos parcialmente por un alto farallón rocoso, tres hombres más contemplaban la pequeña ciudad y los dos jinetes detenidos ante ella.

Ya antes de salir de Silver City, el *sheriff* Ezequiel le había advertido a Johnny una cosa: Probablemente se encontraría con el resto de la banda, la cual constaba de seis o siete hombres.

Eran seis exactamente.

Tres habían sido muertos en el hotel Imperial, de Tucson. Los tres restantes estaban allí.

Dispuestos a no fallar el golpe.

Dispuestos a todo.

* * *

Johnny indicó a Turner:

—Puedes bajar.

Éste lo hizo de un ágil salto, sin perder el equilibrio a pesar de sus manos atadas.

Con paso lento, sintiendo sobre sus espaldas la fuerza del sol, se acercaron al saloon donde Johnny había matado a Larry poco antes. No supo por qué, pero eligió aquél instintivamente. Subieron los dos escalones del porche y penetraron en el local.

Johnny tuvo una sensación extraña.

Parecían haber transcurrido siglos desde que estuvo allí por primera vez. Ahora ya no se veían los cadáveres, y habían sido limpiadas las manchas de sangre. Nadie atendía la barra, tras la cual brillaban los espejos y las hileras de botellas. Todo producía una rara y al propio tiempo inquietante sensación de paz.

Johnny dijo:

—Hasta el dueño de este tugurio debe haber salido para el entierro. Sírveme tú mismo, Turner…, por esta vez.

Le deshizo hábilmente los nudos que sujetaban sus muñecas, y luego Turner se las frotó para restablecer la circulación de la sangre. Vio una botella de *whisky* de buena calidad, la tomó y sirvió dos vasos.

Johnny alzó uno de ellos.

—A tu salud.

—Yo más bien brindaría a la salud de mi hijo.

—Pues a la salud de tu hijo.

Turner bebió un trago, pero le supo amargo.

—Tú no tienes sentimientos, Johnny.

—Es posible. Vamos, bebe.

En aquel momento oyeron un leve suspiro tras la puerta que había al fondo, cerca de la cual Johnny había matado a Larry. Los nervios de los dos hombres se tensaron un instante.

Fue Johnny el primero en comprender lo que sucedía. Con voz tranquila ordenó:

—Seguramente están ahí las dos mujeres por las que Larry mató y murió. ¿Quieres acercarte a esa puerta y abrirla un momento, Turner? Pero recuerda que tengo la mano sobre el revólver.

—¿Cómo crees que puedo olvidarlo?

Turner echó a andar hacia aquella puerta. Johnny, al mirarlo, no se dio cuenta de que alguien aparecía tras él, avanzando, pese a su voluntad, con el sigilo de un gato.

Conan le golpeó en la cabeza, dejándole sin sentido, y le sostuvo en su caída para que no hiciera ruido al chocar contra las tablas. Luego levantó su revólver y apuntó hacia Turner.

CAPÍTULO XV

Conan era un tirador infalible, pero aquella vez no dio en el blanco.

Turner había notado algo tras él. Estaba acostumbrado a toda clase de traiciones y adivinaba el peligro. Le bastó el parpadeo del martillo del revólver al alzarse para comprender que iba a morir. Se arrojó al suelo, mientras la bala pasaba tan sólo a media pulgada de su cabeza.

Conan no se atrevió a disparar más porque inmediatamente se dio cuenta de que Turner estaba indefenso. Le arrojó el revólver que llevaba a su izquierda para que pudiera defenderse, y Turner lo recogió.

Sonrió, sin levantar el arma.

—¡Qué lástima!… —dijo—. Debiste haber acertado.

—Eres tan perro como el perro rabioso de Larry, el que mató tu amigo —jadeó Conan.

—Te equivocas, hermano. Yo no soy tan perro como Larry, sino mucho más. Cuando ese tipo aún estaba en pañales, yo ya era buscado por asesino.

—Debería matarte.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Quizá porque yo también tengo un revólver en la mano y te haría pupa?

—Nadie me ha dado nunca miedo con el revólver en la mano… si le veo cara a cara.

—Entonces, es que te doy lástima…

Turner se daba cuenta de que aquel loco significaba un peligro grave para Johnny, y quería atraer su atención. No quería que volviera a fijarse en Johnny para que no hiciera ningún daño a éste. No sabía por qué, pero… ¡no quería!

—¡Tú no eres más que un perro! —gritó para enfurecer a Conan,

y seguir atrayendo su atención.

Conan estuvo a punto de apretar el gatillo. Sólo lo detuvo la voz de la propia Nora, que acababa de abrir la puerta.

—Déjale… No manches tus manos con sangre. Nunca nadie conseguirá nada de mí… ¡Nunca!

En la calle se oyó de pronto galopar de caballos. Una voz desconocida retumbó desde la puerta.

—¡Eh, vosotros! ¡Imbéciles! ¡Salid de una vez, si no queréis ser quemados vivos igual que ratas!

Turner sonrió, mirando a Nora.

—Si me prestas un vestidito, preciosa, salgo yo y les doy una buena sorpresa.

—No intentes hacerte el gracioso. Los de ahí fuera deben ser unos asesinos.

—¿Y quién dice lo contrario? Ahora os lo demostraré.

Se lanzó en tromba y atravesó volando una de las ventanas, con cortinajes y todo. Conan le siguió.

Tres jinetes que estaban junto al porche, con las armas preparadas, lanzaron un mismo grito al verle.

A Conan le falló el pie, y en lugar de quedar erguido ante sus adversarios, dio inesperadamente dos vueltas sobre las tablas. Los tres jinetes a la vez pudieron apuntarle.

Y hubieran acabado fácilmente con él de no haber sido por Turner, que saltando también sobre las tablas, disparó desde el aire. Dos de los jinetes, que ya habían levantado sus rifles, cayeron casi a la vez.

Al tercero pudo eliminarlo Conan.

Cinco segundos después de romperse los cristales de la ventana, ya no quedaban enemigos a la vista. Conan se puso en pie.

—Bueno, al parecer me has salvado la vida…

—No te entusiasmes. Quizá lo haya hecho para tener luego la satisfacción de matarte yo mismo.

—Te repito que más vale que lo hagas, porque de un modo u otro me llevaré a la chica.

—«La chica», como tú la llamas, va a ser mi mujer dentro de diez minutos —dijo Turner, deseando siempre que aquel loco no pensara en Johnny.

—¿Y quién va a casarte? No creo que al juez se le ocurra venir

solo para esto… Vaya, ya me he reído bastante contigo. ¡Cállate!

—Debe haber un sacerdote en Villenoire.

—¿Un sacerdote aquí? Nanay, hermano… El más próximo se encuentra en Tucson. Dos horas enteras de viaje.

De pronto estalló.

—¡Tú te lo has buscado!

Guardó su revólver y se abalanzó hacia adelante con la cabeza hundida entre los hombros. Su embestida pilló desprevenido a Turner, que recibió el impacto en el estómago, cayó hacia atrás y lanzó un aullido ronco mientras Conan, completamente vertical sobre él, con la cabeza sobre el estómago de Turner, hacía un movimiento de tornillo para que el dolor fuera más intenso.

Conan era una especie de gorila. Cierta vez había hecho una apuesta y la había perdido. El precio que tenía que pagar era dejarse cortar a lo vivo una pierna, y no había puesto obstáculos al pago. El tipo que iba a cortársela se desmayó al segundo tajo, pero los testigos juraron que Conan ni siquiera había pestañeado. Gracias a esto salvó la pierna, que ahora sólo presentaba dos horribles cicatrices junto al muslo.

A un tipo así, pues, no le hizo demasiado daño el golpe de Turner.

Cierto que Turner se limitó a lanzar un directo a su adversario, haciéndole perder el difícil equilibrio, y luego se puso en pie de un salto, mientras lanzaba una carcajada.

Conan también se levantó.

Los dos hombres se miraron un instante a los ojos, como fieras dispuestas a acometerse.

Nora no los veía. No se daba cuenta de nada porque estaba llorando junto a su hija Iris.

Conan dijo entre dientes:

—No nos habíamos peleado nunca, Turner, pero ahora va a ser a muerte.

—¿Y quién discute eso?

Fue él quien atacó. Pareció ir a embestir con los puños, pero de repente, se detuvo, hizo una finta y disparó su pierna derecha al bajo vientre de su enemigo, haciendo uso del golpe más doloroso que conocía. Conan recibió de lleno el impacto.

Se estremeció de dolor, llevándose las manos a la parte afectada,

y cayó de bruces.

Pero Turner no le dejó llegar al suelo.

Sabía combinar aquellos golpes muy bien, pues eran su especialidad. Cuando se desplomaba, levantó la pierna izquierda y le clavó un punterazo en pleno rostro.

Ahora Conan sintió tan horrible dolor que por un instante llegó a perder el sentido.

Se había enfrentado a muchos enemigos, pero a ninguno que emplease unas tretas tan dolorosas como aquél.

Turner lo vio caído a sus pies y lo miró durante unos segundos mientras exclamaba:

—¡Pobre chico! ¡Qué lástima me da…!

Movió la pierna derecha y fue a clavar el pie con todas sus fuerzas en el hígado de su adversario. Sabía que un golpe así podía dejar groggy por varias horas a su enemigo, pero eso era precisamente lo que buscaba.

—¡Pobre chico! —repitió.

Y apuntó bien para no fallar el golpe. Pero de repente sintió que dos manos sujetaban su bota. Nunca hubiera creído que su enemigo iba a reponerse tan pronto. Lanzó un rugido de asombro.

Y ese rugido se hizo más intenso cuando Conan hizo girar el pie que mantenía prisionero, obligando al cuerpo de Turner a girar también, para que el tobillo no se le hiciese añicos.

El prisionero cayó a tierra. Gimoteó de dolor, porque Conan había hecho más científica e implacable su presa. Pero en aquel momento apareció Nora en el porche, y entonces Turner dejó de gemir e improvisó una sonrisa crispada.

—Buenos días, señorita. ¿Qué día tan her… hermoso, eh?

Nora gritó:

—¡Suéltalo, Conan!

Éste fue lo bastante tonto para soltarle.

Turner, ni corto ni perezoso, se abalanzó sobre él y le cazó con un gancho al mentón. El pretendiente salió despedido contra la valla del porche, y la rompió con sus espaldas.

—¡Ahora te voy a adornar la cara, hermanito!

Verdaderamente el rostro de Conan tenía el aspecto de una máscara sangrienta, después del punterazo y del golpe que acababa de propinarle al mentón.

Tenía el aspecto de un hombre completamente vencido.

Turner saltó hacia él, preparó los puños y fue a lanzar una andanada, pero no pudo.

En lugar de una andanada lanzó tres dientes de su boca.

Los dos puños de Conan se habían movido alternativamente, cazándole en los labios y en la mandíbula inferior. Se oyeron dos chasquidos mezclados con el grito de Turner. Nora gritó también.

Con el aullido, el prisionero intentó cazar a su enemigo en el estómago, aprovechando que había levantado la guardia. Pero Conan no era un novato y detuvo el golpe; volvió a cazar a su enemigo, ahora con un cruzado en la sien. Los ojos de Turner quedaron en blanco, y por unos momentos flotó completamente a merced de su rival.

Éste no desaprovechó su oportunidad.

Lanzándose al ataque, le castigó con golpes de todas las marcas y todas las categorías, haciéndolo bailar de un lado a otro de la calle. Porque aunque parecía tallado en piedra, tenía sus puntos sensibles, como todo ser humano. Aquellos puntos eran la mandíbula inferior, la garganta y las sienes. Y Conan, que le había castigado las sienes implacablemente, le golpeó tres veces el cuello con el canto de la mano, hasta dejar sin respiración a su adversario, teniendo la sensación de que le había roto la tráquea.

Conan aún pudo mover los puños y arrancar casi una ceja a su contrincante, pero éste ni siquiera lo notó.

De un último golpe lo envió, hecho un fardo, al otro lado de la calle.

Pero no cayó solo.

Derribó con su corpachón a alguien que había llegado arrastrándose hasta allí.

Turner, con los ojos entrecerrados y llenos de sangre, vio que acababa de derribar del todo a Johnny, quien sólo estaba parcialmente recuperado después del golpe recibido en la nuca.

—Bueno, siempre es un consuelo… —Gruñó Turner—. Parece que estás peor que yo.

—No… os aticéis más…

—¡Pero si ahora empezaba a divertirme…!

—Te faltan tres dientes, imbécil…

—Son los que pen… pensaba dejar… en casa del dentista. Ese

bestia… me ha… ahorrado dinero…

La «bestia», mientras tanto, había entrado de nuevo en el saloon y miraba alelado a Nora.

Johnny ya se iba recuperando por momentos. Susurró:

—Parece que me has salvado la vida, ¿no?

—No tiene importancia. Ese imbécil no sabía ni lo que hacía.

—Pero tú sí. Y has hecho mal, muchacho. Te hubiera convenido más dejar que me apiolasen.

Le indicó los caballos silenciosamente.

—Vamos. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Turner, hundido moralmente, obedeció.

Capítulo XVI

Los dos hombres estaban ya a caballo nuevamente. Iban a reemprender ya el largo, el interminable camino hacia el Este, hacia la lejana Kansas City.

Coral, que llegaba jadeante en su sudoroso caballo, los llamó al desembocar en la calle principal de Villenoire, al otro extremo de la cual estaban ellos. Ni siquiera se dio cuenta de que Villenoire olía a pólvora y de que tendidos en la calle principal se hallaban tres cadáveres.

—¡Johnny! ¡Johnny!…

Tampoco se dio cuenta del tono de su voz. Tampoco llegó a captar la pasión que latía en aquella voz, una pasión que hasta entonces jamás había sentido.

—¡Johnny!…

Él se volvió. Sus ojos grises recorrieron quietamente la figura de la mujer, su estampa vibrante a lomos del corcel sudoroso.

—¿Qué quieres, Coral?

—El hijo de Turner va a ser operado. Llama… llama a su padre.

Johnny apretó los labios.

No dijo nada, no moduló, una palabra.

Sólo sintió una cosa muy dulce, muy extraña, cuando Coral se detuvo ante él.

—El médico dice que lo salvará, pero que es peligroso operarle, en cambio, si su padre no está allí. El niño sufre una crisis de desesperación, y en esas condiciones puede ocurrir cualquier desgracia. ¿No vas a ser humano ni siquiera una vez, Johnny? ¿No vas a dejar que él esté allí?

Johnny seguía con los labios apretados.

Quieto.

Lo que decía Coral era verdad. El *sheriff* mismo se había adelantado para comunicárselo; y Johnny no tenía ningún motivo para dudar de la palabra de aquella muchacha.

—¿Es que no lo comprendes, Johnny? —gimió ella—. ¿No te das cuenta de que se está jugando la vida de un niño? ¿No has comprendido aún que Turner se complicó sin querer en aquel asalto al Banco sólo por él, que intentó fugarse sólo para ayudarlo, que toda su existencia no tiene otro objeto que salvar esa pequeña vida? ¿Es posible que no te des cuenta? ¿Es que tú nunca has tenido hijos, Johnny?

Johnny abrió la boca por primera vez.

Susurró:

—Sí, uno.

Coral quedó con la boca abierta, jadeante, sin saber qué decir. Casi sin saber qué pensar.

—¿Tú… un hijo?

—Sí. ¿Por qué crees que necesitaba llevar a este hombre a Kansas City y cobrar unos dólares? Mi hijo también necesita operarse. Si no lo hace pronto, puede quedar cojo para toda la vida.

Coral hizo, estremecida, una pregunta que nunca hubiera querido hacer. Una pregunta que la delataba.

—¿Y… tu esposa?

—Mi esposa murió a los pocos meses de haber nacido el niño, precisamente en el mismo asalto indio en que éste resultó gravemente herido en una pierna.

—¿De modo que… eres viudo?

—Y había jurado no preocuparme más por una mujer.

El pecho de la muchacha subía y bajaba agitadamente. Subía y bajaba sin que ella se diera cuenta, sin saber por qué…

—Johnny…

Él no la miraba a ella. Miraba a Turner con sus ojos espantosamente secos.

—Estás libre —dijo.

—¿Yo… libre?

—¿Por qué no? Durante estos últimos días he llegado a convencerme de tu inocencia. Por si fuera poco, me has salvado la vida cuando ese loco que está ahí dentro —señaló con el mentón el saloon— iba a matarme creyendo lo que no era. Mi hijo puede

quedar lesionado para toda la vida, pero el tuyo puede morir. La elección no es dudosa, Turner. Vuelve a Tucson… y da recuerdos a tu esposa. Dile que en el fondo la admiro. Y que espero, que cuando vuestro hijo sea un hombre, me invitéis un día a conocerlo.

Los ojos de Turner siempre habían estado secos. Siempre, incluso cuando supo que podía transformarse en un condenado a muerte. Y, sin embargo, brillaba ahora en sus ojos una lucecita húmeda. Algo desconocido en ellos…

En los ojos de Coral también había lágrimas.

No lo podía evitar. En su cuello palpitaba algo que le impedía respirar incluso.

Turner se llevó una mano al ala de su deshilachado sombrero.

—Te lo juro, Johnny —musitó—. Cuando mi hijo sea mayor.

Hizo girar a su caballo y se alejó lentamente. Johnny le vio partir. Le vio partir con sus ojos secos, con sus labios rígidos, con su mirada perdida. Ni una emoción en su rostro, ni una crispación en su piel. Luego hizo girar también su caballo y se dirigió lentamente hacia el Este, en dirección contraria a la que seguía Turner.

Coral, silenciosamente, fue tras él.

—Johnny…

Él no se volvió.

—¿Quieres que te gestione un préstamo en el Banco, Johnny?

—Si es sólo un préstamo, sí.

Él lo dijo sin volverse, con una lejana inflexión de voz.

—Cierto, sólo un préstamo. Pero tendrás que devolvérmelo a mí… personalmente.

—¿Al cabo de muchos años?

—Tienes para ello toda la vida. Nuestra vida… y la de nuestro hijo, Johnny. Ese pobre niño que nos necesita.

Johnny no se volvió tampoco.

Pero permitió que ella galopase a su lado.

Permitió que Coral pusiera la mano izquierda sobre su silla.

Y permitió que sus dedos estrecharan la mano de la muchacha con una inusitada fuerza.

FIN